

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XIX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.  
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 21. — N.º 483.

## SUMARIO.

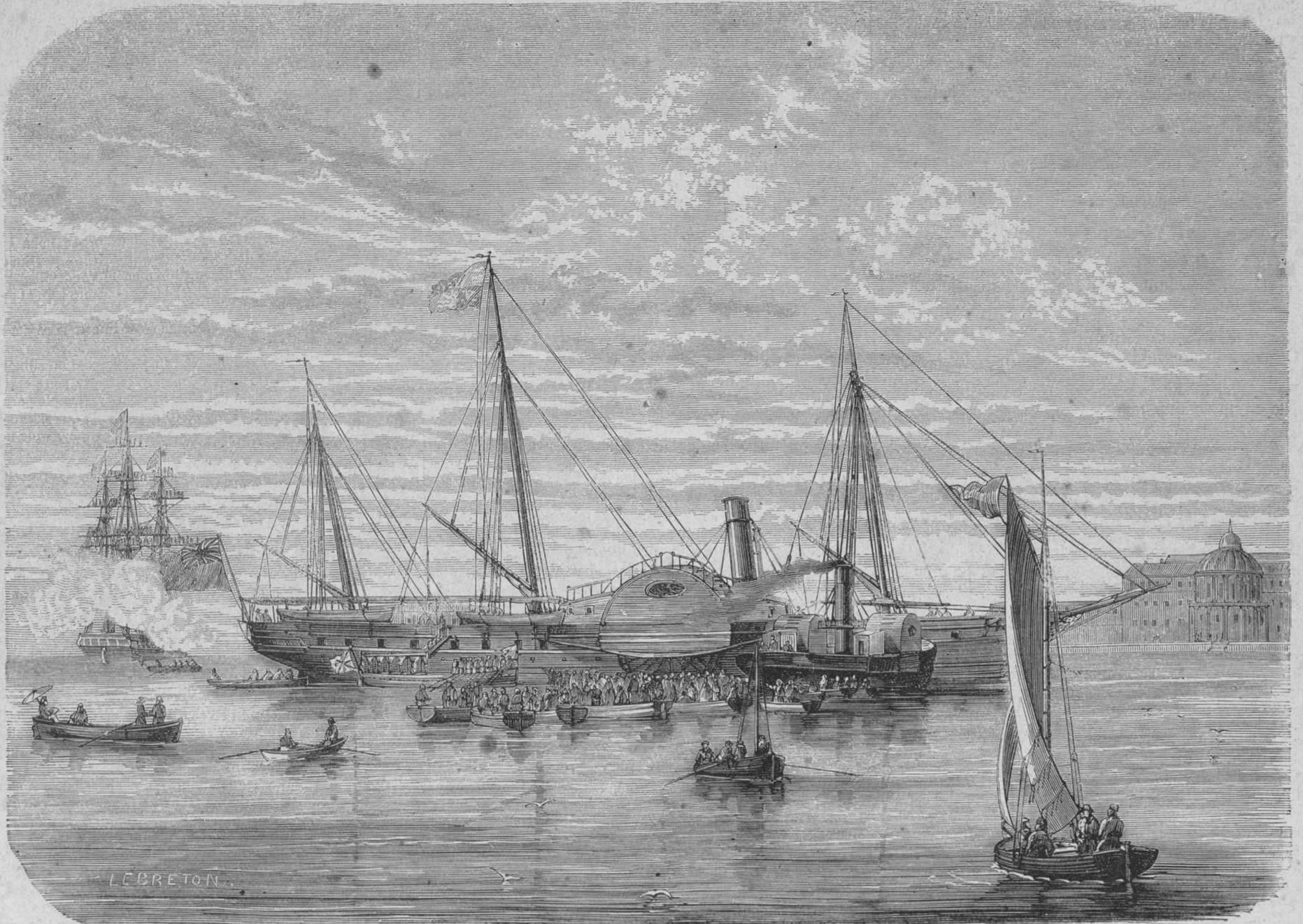
Llegada del príncipe de Gales á Alejandría; grabado. — El dominó negro y el dominó rosa. — Revista de París. — La antigua guardia imperial; grabados. — Las primeras flores. — Méjico; grabados. — Un año de matrimonio. — M. Fromental Halevy; grabado. — Augusto Dupont; grabado. — Curiosidades varias; grabados. — Una marquesa célebre. — S. E. don Benito Juárez; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

## Llegada del príncipe de Gales á Alejandría.

El príncipe de Gales llegó á Alejandría el 1.º de marzo último á las diez de la mañana á bordo del *Osborne*, seguido de la fragata *Firebrand*, siendo recibido por S. A. el virey, por Eedam-baja, el cónsul general de Inglaterra, M. Ross, el cónsul de Inglaterra y las notabilidades inglesas del país.

No se detuvo en Alejandría y desembarcó del *Osborne* para dirigirse al ferro-carril. La embarcacion de Said-baja, ricamente empavesada, le esperaba para conducirle al wagon donde le recibieron el gobernador de Alejandría y Zulphigar-baja, ministro de Negocios extranjeros. El tren salió para el Cairo, de donde el príncipe ira á Tebas, y no volverá á Alejandría sino dentro de un mes, para pasar luego á Jaffa en la Siria.

N. C.



Llegada del príncipe de Gales á Alejandría.

## El dominó negro y el dominó rosa.

### I.

#### EL DOMINO NEGRO.

Todos los años turba la muerte las alegrías del carnaval. En el de 1859 mi amigo Rodolfo aun no era viudo. ¿Lo será en el de 1861? Creo que sí, y hé aquí porqué.

El martes, último día de carnaval, y penúltimo de baile en los teatros de Madrid, su esposa, Juana de Sandoval, célebre por su hermosura y sus desgracias, se hallaba en cama, próxima á morir, segun la opinion de su médico de cabecera.

— Esposa mia, la dijo Rodolfo, puesto que tu estado no te permite ir al Teatro Real esta noche, yo tampoco iré.

Y hasta media noche permaneció sentado en una butaca á la cabecera de su lecho, habiéndola del sol y de las alegrías de la primavera.

— Juana mia, este año iremos á Aranjuez, y en cuanto los calores se declaren á Biarritz.

Juana se durmió acariciando esta esperanza.

Una vez dormida, Rodolfo dijo á su doncella que iba á comprar cigarros y que al punto volvía.

A las dos se despertó Juana.

— ¡Rodolfo! exclamó, y no viéndole á su lado, está en el Teatro Real, continuó... Me parece que le veo allí... Perdido en aquella Babel de dominós y de caretas, que tantas veces me le ha robado.

Llamó, y dijo á su doncella que la vistiese.

— Pero señorita... tartamudeó la doncella.

— Vísteme y vísteme pronto.

Juana recuperó sus fuerzas como por encanto. Si se propusiese á una mujer moribunda, pero enamorada, ir a un baile de máscaras, acaso no moriría.

Entró, vió á Rodolfo y se acercó á él.

— ¿Ha muerto tu mujer? le preguntó.

— ¿Por ventura pretendes tú sucederla? contestó Rodolfo ofreciéndola el brazo con familiaridad, pero con galantería.

— Rodolfo, te equivocas, mira lo que haces.

— No me equivoco, no puedo equivocarme, porque me dice el corazón que eres hermosa, y sería la primera vez que me engañase.

— ¡Ah!... ¡si me quitara la careta!...

— Quitatela y veamos. ¿Quieres que te lo suplique?

— Mira.

Juana se arrancó la careta: tan pálida estaba que Rodolfo la creyó cadáver.

— ¿Qué has hecho, desventurada? exclamó casi con las lágrimas en los ojos.

— No quiero morir aquí, murmuró Juana, acompáñame hasta el carruaje.

Rodolfo la dió el brazo, pesaroso de lo que había hecho.

Al llegar á su casa,

— Véte, le dijo Juana, véte al Teatro Real... Pluguiera al cielo que yo no hubiese abandonado sus salones, porque hace aquí un frío... Valiérame mas haber muerto walsando como una loca, como una de tantas que tú conoces... Pero por lo que me has amado en otro tiempo te suplico que no me dejes morir así... morir de frío...

Rodolfo mandó encender la chimenea.

— ¡Cosa mas singular! dijo Juana; tengo los piés apoyados en la leña, y me parece que los tengo encima de la losa de un sepulcro.

Rodolfo salió á buscar un médico.

Cuando volvieron el médico y el marido, no encontraron á la enferma ni á la esposa.

El cadáver de Juana yacía tendido en su lecho, envuelto en un dominó negro.

### II.

#### EL DOMINO ROSA.

Rodolfo lloró amargamente á Juana desde el martes en que murió hasta el domingo por la noche en que yo conseguí verle, porque á nadie recibía, ni aun á los parientes.

— ¿Dónde vas? me preguntó al despedirme, despues de haberle prodigado los consuelos de ordenanza.

— A la cama, despues de dar una vuelta por el Teatro Real. Acompáñame: sería una excelente idea.

— ¿Con esta cara y esta facha?

— Ambas cosas te envidiarán muchos de los que estén allí. Todos van á buscar á los bailes su juventud, y ninguno la encuentra.

— Sí, vamos, contestóme Rodolfo con energía, porque presiento que si permanezco sepultado entre estas cuatro paredes un día, una hora mas, acabaré por morir, ó por perder el juicio.

Al entrar en el salon me pareció que Rodolfo iba á desmayarse, tan pálido y tan trémulo estaba.

— Ya siento haber venido, me dijo; esta alegría me desgarró el corazón.

Pero precisamente en el mismo instante una máscara con dominó color de rosa se agarró del brazo de Rodolfo.

— ¡Qué buen mozo eres, Rodolfo! le dijo.

Rodolfo la rechazó bruscamente.

— ¿Por ventura César no quiere pasar hoy el Rubicon? exclamó el dominó rosa.

— Deja al César lo que es del César y da al mundo lo que es del mundo.

— ¡Magnífico! murmuré yo. Rodolfo se ha salvado: con su ingenio renacerá su alegría.

En efecto, el dominó rosa le contestó con indecible gracia, y Rodolfo, herido en su vanidad, la replicó echando el resto, como se dice vulgarmente.

¿Y Juana? La olvidó. ¡Oh fragilidad de los sentimientos de un calavera!

Acaso sin saber á donde iba, Rodolfo se dejó conducir por el dominó rosa hasta el centro del salon, en el que se bailaba desesperadamente. La curiosidad le había mordido en el corazón. ¿Quién era aquella mujer con ojos tan hermosos, con dientes tan blancos, con un pié tan diminuto y una cabellera tan abundosa? Bailabase en aquel momento el wals mas arrebatador que ha conmovido las bóvedas del Teatro Real. El dominó rosa tendió dulcemente sus brazos en torno del cuello de Rodolfo, que embriagado por la música, partió con la velocidad del rayo.

Ya había dado tres ó cuatro vueltas con un ardor desconocido y singular en él, aun en sus buenos tiempos, cuando se atravesó en su camino una pareja con impetu tal, que arrancó de sus brazos al dominó rosa.

Pero no debió apereibirse de ello, porque en el mismo instante, un dominó negro sustituyó al rosa, con el cual continuó valsando.

Yo, que le había perdido de vista, le divisé entonces, y confieso que me maravilló verle tan olvidado de sí mismo en medio de aquella pintoresca barahunda: su semblante respiraba alegría; el recuerdo de Juana no empañaba su frente.

Sin embargo, parecióme sin saber porqué, que le arastraba una fuerza superior á su voluntad.

— Sí, sí, exclamé, ahoga su dolor, refrena el recuerdo de lo pasado, y como otros á un abismo, él se lanza al tumulto y á la embriaguez del baile.

De improviso se detuvo delante de mí, de mí que ni á él ni á su pareja había perdido de vista un momento; ¿qué mucho que al verle retrocediera atónito como ante una sombra? Estaba pálido como un cadáver; queria y no podía hablar; me agarró una mano con su mano de nieve, y arastróme detras de sí, sin saber á donde iba.

— Hay para volverse loco, me dijo.

— Comprendo, le contesté; buscas á tu pareja, que ha desaparecido como una vision.

Rodolfo miraba á todas partes como un loco.

Entramos en el café.

— No, me dijo, volvamos al salon.

Volvimos al salon.

— Hé aquí lo que me ha pasado, me dijo con acento trémulo. Bailaba un wals con el dominó rosa que sabes, y en verdad te digo que bailaba sin saber lo que hacia. De improviso me pareció que el dominó rosa se convertía en un dominó negro. En efecto, al volver en mi acuerdo, porque no lo estaba, vi que había cambiado de pareja, ó que mi pareja se había metamorfoseado.

— Hé aquí, me dijo el dominó negro, un wals que haría bailar á un muerto. — Estas palabras me llegaron al corazón, porque me recordaron á Juana. — ¿Te conozco yo? pregunté á mi nueva pareja. — ¡Que si me conoces! contestó apoyando una de sus manos sobre mi corazón; mira mi cuello. Miré y vi un lunar. Juana tenia un lunar en el cuello. — No esperabas encontrarme aquí esta noche? — Yo intenté detenerla, pero ella me arastraba con irresistible fuerza. — ¡Juana, Juana!... exclamé al cabo, ¿eres tú? — No tengo tiempo para contestarte, me respondió sin cesar de bailar. ¿Te acuerdas de la balada alemana *Los muertos van de prisa*? Nosotros vamos como los muertos. Mi asombro crecía por momentos, y crece, crece todavía. Sí, era Juana, mi querida Juana, que como en otro tiempo, se apoyaba sobre mi corazón. — No me abandones, porque temo volverme loco.

El dominó rosa se acercó á nosotros.

— ¿Qué has hecho del dominó negro, calavera? preguntó á Rodolfo.

— ¡Yo! exclamó Rodolfo fuera de sí... ¿Luego me has visto bailar con una máscara con dominó negro?

— Con un dominó negro que te arrancó de mis brazos.

Rodolfo me hizo una seña que queria decir: « vámonos, » y salimos del Teatro Real.

Al día siguiente fui á verle. Había recobrado la razon, pero estaba convencido de que había bailado un wals con Juana, cinco días despues de enterrada.

### X.

## Revista de Paris.

Nos hallamos en la estacion de los conciertos, y los artistas, fieles á su antigua costumbre, no dejan pasar noche sin ofrecernos alguna soiréa musical mas ó menos interesante. Este año, el famoso compositor-pianista M. Dupont se ha elevado á tal altura, que ha hecho casi imposibles todos los conciertos de piano. Sin embargo, como los artistas cuentan cada cual con su público particular compuesto de amigos ó favorecedores, no se han arredrado por esto; pero el público, el verdadero público que acude adonde le llama un programa digno de su interés, apenas ha tenido ocasion de apresurarse si no es para oír al célebre compositor belga, cuya fama ha sido consagrada en Paris del modo mas solemne.

El gran concierto de la temporada habrá sido seguramente el que se dió el lunes último en Tullerías en honor del príncipe y la princesa de Hohenzollern-Sigmaringen, y al que asistian tambien la reina Cristina y el duque de Rianzares. El príncipe hereditario de Hohenzollern tiene veinte y siete años, y la princesa Antonia, hija del difunto rey Fernando de Portugal, apenas ha cumplido diez y siete años, y es un modelo de gracia y hermosura.

El concierto principió á las nueve y media, y principió por un coro del *Nabuco*, cantado por los coros de la Capilla y del Teatro Italiano; Tamberlick ejecutó varias piezas, entre ellas el aria de los *Lombardos* y el duo de *Poliuo* con la Penco; Mario desempeñó con Mlle Battu el duo de *Rigoletto*, y el quinteto del *Ballo in Maschera* con la Alboni, la Battu, Bartolini y Zucchini; y por último, la Alboni cantó una de las piezas mas admirables de su repertorio, el rondó de la *Cenerentola*, y Zucchini un aria de *Columela*, del maestro Fioravanti. Sus Majestades felicitaron mas de una vez á este grupo de artistas italianos, que podemos llamar en la actualidad único en el mundo.

Pocas noches tendremos ya ocasion de oírlos en el teatro. En el mes de abril los ruiséñores de la Italia toman el vuelo hácia otros países, y Paris queda reducido al canto indígena que sobrevienen las primeras nieblas del otoño. La Alboni se marcha á Barcelona para inaugurar el gran teatro del Liceo que se quemó el año último, y que ha renacido de sus cenizas tan lujoso, tan resplandeciente y sobre todo tan grande como antes, Mario y Tamberlick á Lóndres, que con la Exposicion universal tendrá este año una temporada fructuosa para las empresas, y el resto de la compañía se diseminará por diferentes puntos de la Europa.

Tamberlick, lejos de perder con los años, parece que gana cada día en la extension de sus prodigiosas facultades. No ha cantado ninguna ópera nueva esta vez en Paris; pero ¿para qué el señor Calzado ha de disponer novedades cuando los abonados de su teatro se contentan eternamente con el *Poliuo*, el *Otelo* y el *Trovador*? Cada noche que canta Tamberlick la gente se disputa las localidades, y es indudable que en estas óperas no ha conocido el mundo un tenor capaz de rivalizar con Tamberlick, sobre todo en las dos primeras. Tambien ha cantado el papel de Ottavio en *Don Giovanni*, pero es sabido que en esta ópera no tiene apenas mas que un aria, *Il mio tesoro*, que es su triunfo en Lóndres, como lo será en todos los teatros donde la cante, pero esto no basta para un público que desearia oírle toda la noche.

Volviendo á los conciertos, no debemos pasar en silencio uno que ha sido dado con un objeto de beneficencia por la Sociedad general de asistencia y de prevision de Paris, en favor de los sordo-mudos y los ciegos de Francia. Fué este concierto caritativo una verdadera solemnidad. En el escenario habia cuarenta señoras vestidas elegantemente, y detras se hallaban cuarenta caballeros, lo que formaba un conjunto de cantantes de una brillantez extraordinaria. El director de la fiesta era M. Guillot de Saint-Bris. En medio de este coro aparecieron sucesivamente Franchomme, Sighicelli y Ritter, afamados ejecutantes que tocaron distintas piezas en el violoncelo, el violin y el piano, así como tambien tomaron parte en la funcion varios artistas del teatro de la Opera. Los maestros italianos, alemanes y franceses de mas renombre fueron interpretados en esta reunion musical con una perfeccion, que mereció del público los mas justos aplausos. Concluido el concierto, dos actrices y un actor del Teatro Francés representaron un acto de las *Locuras amorosas*, de Regnard, con el talento que caracteriza á los principales cómicos de la Comedia Francesa. — Inútil nos parece añadir que la concurrencia era extraordinaria, despues de haber señalado un programa tan lleno de atractivos.

Se van repitiendo con demasiada frecuencia los escándalos en los teatros parisienses. Despues del tumulto que hubo en el Odeon con motivo de la representacion de *Gaetana*, hé aquí otro alboroto ocurrido el lunes último en el Vaudeville, donde se habia puesto en escena una pieza insignificante bajo el punto de vista literario, y que se titula: *Cotillon*.

Las primeras filas de la orquesta estaban ocupadas por una turbulenta reunion de jóvenes de alto tono, miembros en su mayor parte del Jockey-Club, que llevaban cada cual un silbato de plata, y que al levantarse el telon para la nueva pieza entonaron con ellos una sinfonia del efecto mas desagradable para los actores y para el público; que no comprendia lo que significaba aquella furiosa protesta. Al mismo tiempo gritaban que no se ejecutase el *Cotillon*.

La policia hubo de intervenir en el asunto, y tres agentes se apoderaron del duque de G... y le hicieron salir del teatro, pero no tardó en volver á entrar, con gran aplauso de sus amigos y una tempestad de silbidos y de voces por parte de la gente que ocupaba las galerías superiores.

Entonces los dos partidos bien declarados ya se apostrofaron en términos poco decorosos, y fué preciso bajar el telon sin que los artistas hubiesen podido decir una palabra de sus papeles. Cambiaron la decoracion, y al cabo de breves instantes apareció de nuevo el escenario dispuesto para otra comedia, lo que ocasionó otra borrasca. El público, que queria ver la pieza nueva, para lo cual habia ido al teatro, pedia se representara, en tanto que la cábala vociferaba: « — ¡Fuera el *Cotillon*! » y acompañaba su gritería con los silbidos mas agudos.

El cómico que estaba en escena, viendo que le era imposible hacerse oír, tomó un libro y se sentó á leer con mucha calma; pero el comisario de policia puso fin al tumulto mandando bajar el telon y evacuar el teatro.

Tales son los hechos: en cuanto á la explicacion, que es un misterio para mucha gente, un periódico de teatros nos dice que Mlle Pierson, que hacia la protagonista, no estaba satisfecha de su papel, porque la obligaba á bailar el cotillon, lo que no es propio de una actriz que aspira á entrar en el Teatro Francés, donde es todo muy académico y muy grave. En suma, Mlle Pierson se incómodó seriamente, y muchas personas amigas suyas se declararon en su favor y prestaron juramento de no permitir la representacion de una pieza que exponia á la cómica á los azares de un cotillon en un teatro de Vaudeville, donde esta danza debe ser un tanto atrevida para que agrade á los espectadores.

— Veremos si en las representaciones siguientes se calma ó arrecia esta tempestad, motivada por un paso de baile.

De otra comedia tenemos que hablar hoy, pero esta no se representa sino entre determinados personajes, y tiene por teatro la sociedad de París, tal como la han hecho las ilustradas costumbres del siglo XIX. Se trata de una correspondencia muy curiosa embargada por la autoridad en casa de un agente matrimonial de los mas encopetados, un supuesto vizconde que ha debido confesar la falsedad de su título ante la justicia, si bien ha declarado que solo habia hecho aquella suposición para dar mas lustre á su agencia y mas extensión á sus relaciones.

« Cuando un vizconde anuncia una cosa, nadie duda de su veracidad, » le decía un cliente: ¿quién en su caso puede resistirse á ser vizconde?

Pero hé aquí los fragmentos de la correspondencia embargada, que extractamos del *Droit*, periódico de los tribunales.

Núm. 1. — « Señor vizconde: deseo saber si un jóven de veinte y seis años, sin fortuna, pero que conoce la droguería farmacéutica, puede aspirar por vuestro conducto á casarse con una mujer que le haga una posición. El jóven no tendrá inconveniente en ir á lo último del globo. »

Y á esta carta acompaña el retrato de un farmacéutico muy bien parecido.

Núm. 2. — En el diario á que estoy suscrito leo el anuncio siguiente: « Matrimonios discretos, escribir, etc., etc. » Si la discreción es vuestra divisa, gustoso me dirijo á vos. En un asunto tan grave, una vez reconocida vuestra lealtad, podeis contarme en el número de vuestros parroquianos.

« Ahora bien, como todo trabajo merece una remuneración, os la ofrezco proporcionada al servicio, pero únicamente en el caso de que se lleve á efecto mi boda.

« ... Tengo cuarenta años, poseo una finca en el centro de París, y una pequeña hacienda en la hermosa Normandía, donde he nacido, bienes que me producen de diez á doce mil francos de renta. Estoy empleado en una oficina del gobierno en París, y á pesar de todo aun no me he casado, por una razon que pocas veces tienen presente los hombres, á saber: que queria haber completado mi fortuna antes de contraer obligaciones, que nunca se sabe con certeza á dónde pueden llegar. ¡Pero hoy me aburro!... ¡Me aburro mortalmente!... Conozco varias señoritas que no son feas, mas carecen de fortuna. Es verdad que podria introducirme en varios salones, pero tengo demasiado orgullo para pedirlo... »

La firma es una X..., y esta solicitud matrimonial contiene la condicion de que deberá ser devuelta al interesado si no obtiene un resultado favorable. Por la boca muere el pez, señor pretendiente; esta carta, que Vd. queria envolver en el secreto mas profundo ha llegado á conocimiento de muchos millones de personas, gracias sin duda al diablo, que habiendo tirado de la manta la ha venido á poner en evidencia.

Núm. 3. — Quiero una persona instruida, bien educada y hermosa; sobre todo, ha de tener una buena dentadura y una boca sana. — No quiero, sin embargo, todo esto en grado superlativo; me contentaré con lo justo para inspirar simpatía. »

Es tan poco exigente como lacónico; sin duda estas líneas no son mas que un párrafo de un memorial mas circunstanciado.

Núm. 4. — Señor vizconde: Me tomo la libertad de escribir en vista de vuestro anuncio de matrimonios, y en razon á la probidad que os recomienda. Bajo este concepto os pido algunas noticias acerca de la cuestion matrimonial. Estoy en ánimo de aceptar la coyunda, y abrijo la esperanza de recibir una contestacion explicita por vuestra parte, detallando bien la edad, la fortuna y la conducta, que ha de ser intachable; en lo de la conducta y la buena salud no admito paliativos. Si fuera huérfana no me importa. Yo tengo veinte y siete años, me hallo al frente de una fonda, y cuando muera mi madre heredaré de 15 á 20,000 francos. — La jóven ha de tener una edad de diez y seis á veinte y tres años, una instruccion tan superior como la mia, porque así lo exige el cuidado de mi establecimiento, un carácter alegre, y que sea rubia ó morena es para mí lo mismo. »

La firma no aparece en los diarios; y quizá pierde con ello el fondista una buena ocasion de encontrar lo que busca.

Núm. 5 y último. — Señor vizconde: He leído en un periódico del 6 de octubre un artículo en que anunciáis matrimonios discretos y pedis que os escriban los pretendientes su edad y su posicion pecuniaria; grande es mi atrevimiento al dirigiros esta carta, pues yo no poseo mas fortuna que mi honor: soy hijo de un guarda-bosque, sobrino de un gendarme, etc. Estoy viudo desde hace quince años, con una hija de mayor edad que sabe la costura, y deseo casarme con una buena mujer honrada y laboriosa, pues en otro caso mis jefes se opondrian... »

Vemos pues, que los parroquianos del vizconde se reclutaban en todas las clases de la sociedad: ¿irá ganando terreno esta famosa institucion que nosotros tomamos á broma y que sin embargo existe, y tiene en París muchos establecimientos que deben hacer « negocios, » aun cuando no sea mas que para pagar los crecidos gastos que les ocasionan sus frecuentes anuncios en la prensa?

El vizconde en cuestion, contra el cual no aparecia mas cargo que el de usurpacion de título, ha sido condenado á 50 francos de multa.

Para concluir, hé aquí dos noticias teatrales dignas de interés. La primera es que el afamado maestro Verdi acaba de firmar un tratado con la direccion del teatro de la Grande Opera de París para dar en el invierno próximo su última partitura *la Forza del destino*, cuyo argumento está tomado del drama del señor duque de Rivas, titulado *Don Alvaro ó la fuerza del sino*. Esta nueva produccion del maestro á la moda, ha sido escrita para el teatro de San Petersburgo, y cuando esperábamos que las noticias de Rusia nos anunciarían su buen ó mal éxito en el Teatro Italiano de aquella capital, hé aquí que nos llega la misma partitura para hacernos los primeros jueces en el asunto. Sea cual fuere el motivo de este cambio lo celebramos, y solo es de sentir que el señor Calzado no haya aprovechado la ocasion adelantándose á la Grande Opera, en cuyo caso habríamos oido *la Forza del destino* en el idioma sobre el cual ha sido escrita por Verdi.

La segunda y última noticia por esta semana, es que definiti-

vamente parece decidida la construccion de un nuevo teatro italiano en París, proyecto de que se habló hace algunos meses, y que hoy aparece de nuevo como próximo á realizarse. El edificio se levantará en una de las vias mas espléndidas recientemente abiertas en París, el boulevard Malesherbes, detrás de la iglesia de San Agustin, estará concluido en veinte meses, y costará tres millones de francos. Sin embargo, queda por zanjar todavía una dificultad: el señor Calzado quiere disfrutar del privilegio de ser el único que pueda formar compañía italiana en París, y los accionistas del local que hoy tiene alquilado piden que su teatro, que se ha destinado desde hace mucho tiempo ya á la ópera italiana, y que como tal es conocido de los parisienses, continúe sirviendo para el mismo uso, lo que nos daría dos compañías en vez de una. Seria de desear que fuera así, y que las temporadas no durasen tan poco, pues parece mentira que en una capital como esta, solo unas cien noches al año podamos oír las melodías de Rossini, Bellini, Donizetti, y demás maestros de la Italia.

MARIANO URRABIETA.

**La antigua guardia imperial.**

La brillante organizacion que se ha dado en nuestros tiempos á la guardia imperial francesa, cuyos uniformes conocen ya nuestros lectores por las laminas que de ellos publicamos durante las últimas guerras de la Francia, nos ha traído á la memoria la antigua guardia imperial, y nos ha inducido á procurarnos los dibujos que la representan, desde su creacion hasta la época en que fué suprimida en 1815.

Napoleon dijo en Santa Elena: « Si un dia tenemos tiempo, escribiremos la historia de mi guardia, y este libro será como un monumento indestructible que elevaré á la memoria de aquellos valientes. Si, añadia Napoleon: erigiré ese monumento si logro reunir los materiales que para ello me hacen falta, pues jamas se vió tan bello conjunto de hombres intrépidos como en aquel cuerpo de emulacion y de recompensa, donde solo se admitia á los que estaban dotados de cualidades físicas y morales largamente sometidas á la prueba. »

En efecto, solo Napoleon podia ser el historiógrafo de la guardia imperial, porque solo él habia vivido constantemente en medio de aquella temida falanje, y habia llevado sus invencibles batallones á la victoria en Marengo, Austerlitz, Iena, Friedland, Eylau, Wagram, la Moskowa, Bautzen, Champaubert, Montmirail y Chateaufiery, hasta el dia nefasto en que tuvo el dolor de asistir á sus funerales en Monte San Juan.

En cuanto á nosotros, no tenemos otra intencion que la de señalar aquí las diferentes organizaciones que la guardia sufrió durante su corta existencia, y algunos de los hechos principales que la dieron fama.

La guardia imperial tuvo por núcleo la guardia de los consules creada en 28 de noviembre de 1799, y en la cual se habian confundido las del Directorio y del Cuerpo legislativo. La guardia consular formaba un total de 2,089 hombres de infantería y caballería, que se aumentaron en 1804 á 3,925.

Cuatro oficiales generales estaban á su cabeza: el general Davout, que mandaba los granaderos de infantería; el general Soult, que tenia á sus órdenes los cazadores de infantería; el general Bessieres que estaba al frente de la artillería; y el general Mortier, que mandaba la artillería y los marineros.

Nombrados los cuatro por decreto de 25 de agosto de 1802, conservaron sus empleos hasta 1814, despues que hubieron sido creados mariscales del Imperio, coroneles generales, y despues que habian venido á ser Davout, duque de Anerslaedt, principe de Ekmühl, Soult, duque de Dalmacia, Bessieres, duque de Istria, y Mortier, duque de Trevisa.

Cuando Napoleon fué elevado á la dignidad imperial, agregó especialmente á su persona la guardia de los consules, y la dió el 29 de julio de 1804 la organizacion siguiente:

- 1 estado mayor general, con 4 coroneles generales.
- 1 regimiento de granaderos de infantería.
- 1 idem de cazadores de idem.
- 1 idem de granaderos de caballería.
- 1 idem de cazadores de idem.
- 1 cuerpo de artillería.
- 1 legion distinguida de gendarmería.
- 1 batallon de marineros.
- 1 idem de velites agregado á cada regimiento de infantería.
- 1 compañía de mamelucos agregada al regimiento de cazadores de caballería.
- 1 compañía de veteranos.

La talla variaba de 1<sup>m</sup> 705 á 1<sup>m</sup> 760, segun los cuerpos. En consecuencia de esta reorganizacion, la guardia ascendió á 9,775 hombres.

Posteriormente se fueron creando: un cuerpo de velites de caballería: dos nuevos batallones de velites de infantería; un regimiento de granaderos y otro de cazadores de caballería; un regimiento de dragones montado en caballos negros; un regimiento de artillería y dos regimientos de fusileros de la guardia (granaderos y cazadores), lo que elevó su total á 13,470 hombres, en diciembre de 1806.

El 2 de marzo de 1807, el emperador ordena que se forme en Varsovia un pulk de caballería ligera polaca de 4 escuadrones, que deberá ingresar en la guardia imperial (lanceros), y en 1809 todos los cuerpos que acabamos de enumerar toman el nombre de *vieja guardia*.

Por diversos decretos del mismo año se crean 2 regimientos de tiradores granaderos, 2 idem de tiradores cazadores, un batallon de velites de Florencia, 1 idem de velites de Turin, 2 regimientos de reclutas cazadores, y 2 idem de reclutas granaderos.

Estos cuerpos reciben la denominacion de *jóven guardia*.

El estado general de la guardia se eleva á fines de ese año á 31,924 hombres.

En 1810, Napoleon, queriendo dar una prueba de su satisfaccion á los guardias nacionales de los departamentos del Norte, ordena que se añadirá á los regimientos de infantería de la guardia, un regimiento de cuatro batallones, compuesto de hombres de buena voluntad, entresacados de los guardias nacionales que contribuyeron á la defensa de las costas de Flandes y de la Mancha. Este regimiento se organiza en Lila bajo el título de granaderos de los guardias nacionales de la guardia.

Una compañía de zapadores de ingenieros de la guardia, un regimiento de granaderos holandeses, llamados á Versalles despues de la caída del trono de Holanda, y un segundo regimiento de lanceros llamados lanceros rojos, se crean tambien en 1810 y toman la denominacion de *voltigeurs* (ligeros).

En los años 1811 y 1812 la guardia imperial recibe grandes refuerzos, se crean varios regimientos de ligeros, un regimiento de *pupilos de la guardia*, en el que se admiten mozos de diez y seis años con 4 piés-9 pulgadas, y un regimiento de *flanqueadores*, que se compone de hijos de guardias generales y guardias forestales, etc., con lo cual la guardia asciende á 51,906 hombres. Sucesivamente los aumentos van tomando tales proporcionés, que el año 1814, en la época de su supresion, sus fuerzas eran las siguientes:

Estado mayor general. . . . .	100
Administracion general y 4 compañías. . . . .	500
2 regimientos de granaderos de infantería. . . . .	3,200
1 regimiento de granaderos-fusileros. . . . .	1,600
1 batallon de instruccion. . . . .	2,000
19 regimientos de tiradores-granaderos. . . . .	30,400
1 regimiento de flanqueadores-granaderos con una compañía de depósito. . . . .	1,850
2 regimientos de cazadores de infantería. . . . .	3,200
1 regimiento de fusileros-cazadores. . . . .	1,600
19 regimientos de ligeros. . . . .	30,400
1 regimiento de flanqueadores-cazadores con una compañía de depósito. . . . .	1,850
1 regimiento de pupilos. . . . .	1,600
1 compañía de veteranos. . . . .	200
1 regimiento de granaderos de caballería. . . . .	1,250
1 regimiento de dragones. . . . .	1,250
1 regimiento de cazadores de caballería. . . . .	2,500
1 escuadron de mamelucos. . . . .	250
2 regimientos de lanceros. . . . .	6,500
2 regimientos de exploradores de caballería. . . . .	6,000
Artillería de plaza y montada. . . . .	3,500
1 batallon de zapadores de ingenieros. . . . .	400
1 compañía de artilleros veteranos. . . . .	120
1 batallon de marina. . . . .	1,136
Tren de artillería. . . . .	800
1 batallon del tren de equipajes. . . . .	500
<b>Total general. . . . .</b>	<b>102,706</b>

Despues de la abdicacion de Napoleon en 1814, los lanceros polacos fueron licenciados; la artillería y la jóven guardia fueron incorporadas en los regimientos del ejército; el 1º y 2º regimiento de exploradores, en los cuerpos de artillería; el 3º, que era polaco, fué enviado á Polonia; los regimientos 17, 18 y 19 de tiradores y de ligeros no fueron organizados enteramente, únicamente quedaron los cuadros, y de todos los cuerpos de aquella numerosa guardia solo se conservaron algunos regimientos.

Napoleon á su regreso de la isla de Elba, donde no tenia consigo mas que un batallon de 724 hombres, restableció la guardia imperial por un decreto dado en Lyon el 13 de marzo de 1815. Esta guardia fué reorganizada el 27 de abril, y presentaba una fuerza de 27,000 hombres.

Los cuerpos extranjeros quedaban excluidos de la guardia del soberano. El reclutamiento de la guardia imperial se hace entre hombres que cuentan por lo menos doce años de servicio, y que se sacan de los regimientos de infantería y caballería del ejército, y ademas se hace un llamamiento á los antiguos sargentos y soldados de la vieja guardia retirados á sus casas.

El desenlace de la campaña de 1815 puso fin á la existencia de la guardia imperial. Sus uniformes, que han sido vistos por aquellas épocas en casi todas las capitales de la Europa, merecen una rápida descripcion. No hablaremos aquí mas que de la infantería, reservando la caballería para un próximo artículo.

*Granaderos de infantería.* — Casaca azul con solapas blancas y bocamangas escarlata; carteras blancas con tres puntas; forro escarlata; vueltas guarnecidas con cuatro granadas de lana amarilla bordadas sobre paño blanco; bolsillos á lo largo con vivo escarlata. Bolones



Soldado y oficial de los granaderos de infantería.



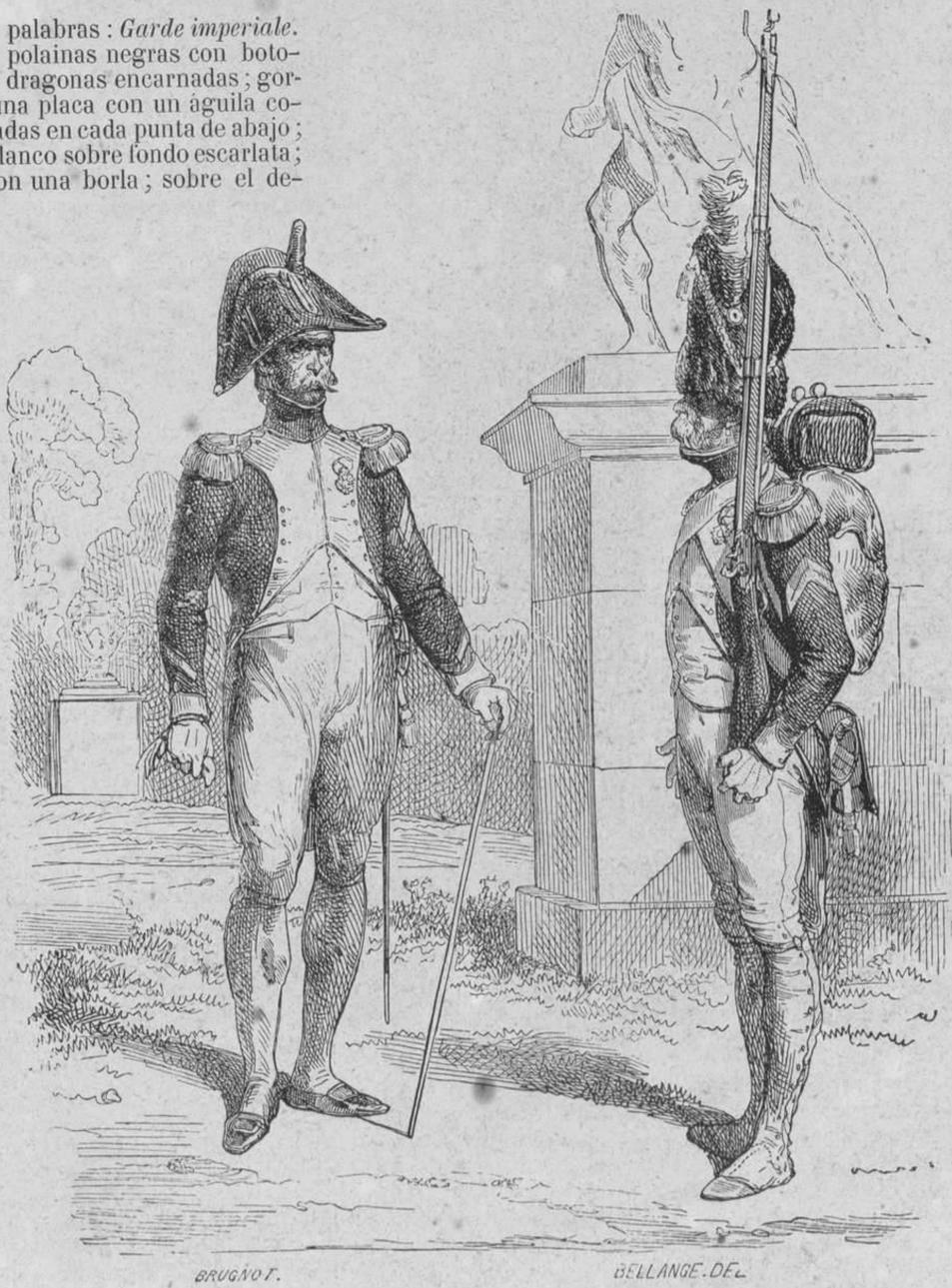
ANTIGUA GUARDIA IMPERIAL.

Tambor y tambor mayor.

amarillos con águila y estas palabras : *Garde imperiale*. Chaqueta y calzon blancos, polainas negras con botones amarillos, charreteras y dragonas encarnadas; gorra de pelo guarnecida con una placa con un águila coronada y dos pequeñas granadas en cada punta de abajo; arriba una granada de hilo blanco sobre fondo escarlata; un cordón de hilo blanco con una borla; sobre el de-



Tirador y ligero.



Sargento y soldado de los cazadores de infantería.



Marino de la guardia.

lantero de la gorra una borla pendiente sobre la placa; plumero rojo y escarapela tricolor. La cartuchera llevaba un águila coronada, y en cada ángulo una pequeña granada con la llama vuelta hacia afuera.

El uniforme diario se componía de un pantalón de paño azul ajustado y botas á la Souwarow para el invierno; un calzón de mahón, medias de algodón blanco, y zapatos con hebillas de plata para el estío; guantes de piel de gamo.

Capote de paño azul con una hilera de botones y de cuello derecho y abrochado.

*Cazadores de infantería.* — El uniforme de los cazadores de infantería era igual al de los granaderos, con esta diferencia: bocamangas blancas, vueltas con trompas de caza, gorra sin placa y capote de paño azul.

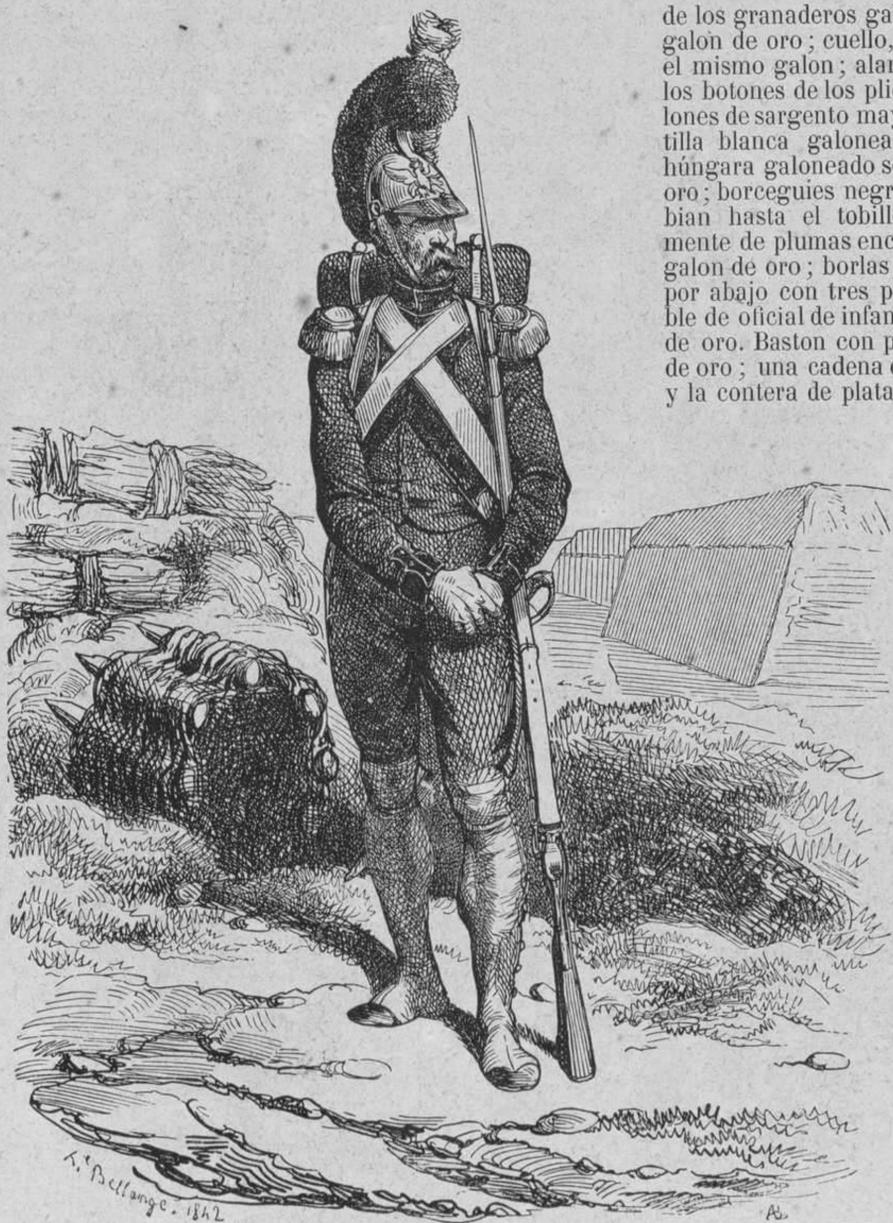
*Tambor mayor.* — Su uniforme de gala era la casaca



Fusilero-granadero.

ANTIGUA GUARDA IMPERIAL.

de los granaderos galoneada en todas las costuras con galón de oro; cuello, solapas y bocamangas orladas con el mismo galón; alamares de oro sobre las solapas, en los botones de los pliegues y en los de los bolsillos; galones de sargento mayor; charreteras gruesas; chaqueta blanca galoneada de oro; pantalón blanco a la húngara galoneado sobre los lados, y el lazo húngaro de oro; borceguíes negros bordados con franjas y que subían hasta el tobillo; sombrero guarnecido interiormente de plumas encarnadas y blancas y ribeteado con galón de oro; borlas; plumero blanco flotante adornado por abajo con tres plumas blancas de avestruz. — Sable de oficial de infantería, cinturón encarnado bordado de oro. Bastón con puño de plata adornado de estrellas de oro; una cadena de plata enroscada de arriba abajo, y la contera de plata.



Zapador de ingenieros.



Pupilo de la guardia.

*Granaderos holandeses.* — Casaca blanca, cuello, solapas y bocamangas de color carmesi; chaquetilla y calzon blancos; polainas largas con botones de cobre; charreteras encarnadas; gorra sin placa y plumero encarnado.

*Fusileros-granaderos.* — Igual uniforme que los granaderos de infantería; únicamente las charreteras eran blancas, el cuerpo cortado con dos líneas rojas perpendiculares; chacó adornado con un águila, galones de hilo blanco, un cordón blanco y un plumero rojo; capote de paño gris hierro.

*Tiradores-granaderos.* — Casaca-chaqueta de paño azul; solapas del mismo paño con vueltas de orilla blanca y siete botones pequeños; cuello encarnado con orilla azul; bocamangas encarnadas en punta, de orilla blanca con dos botones; sobre las vueltas cuatro águilas de paño blanco; patas de gallo por charreteras de paño escarlata de orilla blanca; chaquetilla y pantalón de punto blanco; polainas negras en forma de botas á la rusa, botones de cobre; chacó galoneado de blanco con un cordón rojo.

*Fusileros-cazadores.* — Uniforme, plumero y charreteras como los cazadores de infantería; chacó adornado con un águila y un cordón blanco, capote de paño azul.

*Tiradores-cazadores.* — Casaca, chaqueta, pantalón, polainas como los tiradores-granaderos; chacó liso guarnecido únicamente con un águila coronada, un cordón blanco y un pompon verde.

*Pupilos.* — Igual uniforme que el de los tiradores y ligeros (solapas cuadradas y derechas); casaca de fondo verde, solapas, cuello y bocamangas de puntas verdes con orilla amarilla; chaqueta y pantalón blancos; polainas cortas de punto negro; chacó como el de los tiradores guarnecido con un cordón verde y pompon de bola amarillo.

*Zapadores de ingenieros.* — Casaca azul, solapas, cuello y bocamangas de terciopelo negro con orilla encarnada; chaqueta y calzon de color azul; casco de hierro bruñido guarnecido de adornos y con un águila de cobre; plumero encarnado; charreteras y dragonas encarnadas.

*Marinos.* — Paletó de paño azul adornado con trenzas de lana amarilla, cuello azul y bocamanga de paño encarnado; chaleco de paño encarnado; pantalón ancho de paño azul, con un galón de lana amarilla sobre las costuras, y una trenza a la húngara por delante; chacó ribeteado con una trencilla amarilla de lana, y coronado con un pompon y un plumero encarnados; botas debajo del pantalón con botones de cobre amarillo.

Todo en el servicio de la guardia imperial tomaba formas particulares; la guardia marchaba delante de todos los demás regimientos de línea, y estos cuando la encontraban se ponían á su paso. El sueldo era una tercera parte más crecido, y el uniforme más brillante. Todos los que formaban parte de ella tenían adquirido el grado superior; el soldado tenía la categoría de cabo de la línea, el cabo la de sargento, y así todos hasta el grado de mayor inclusive, que tenía el rango de coronel.

Se ha establecido un paralelo entre la guardia imperial y los antiguos cuerpos privilegiados, y todos los resultados son favorables á la guardia. El servicio de los antiguos cuerpos privilegiados se limitaba demasiado á menudo á figurar en vanas paradas y á servir de ornato al palacio de los príncipes; jamás llevaron la mochila al hombro. La guardia imperial fué por el contrario una reserva robusta, un verdadero ejército distinguido, que en más de una ocasión vino á ser el ejemplo, la esperanza, la recompensa del ejército de línea. H. R.

(Se concluirá.)

## Las primeras flores.

(Continuación.)

Más cuando Alberto, evocando  
Sus más punzantes recuerdos,  
Bosquejó el cuadro indecible  
De su hogar, alegre un tiempo,

Y el corazón de su madre,  
Sagrado recinto lleno  
De cuanto de grande y noble  
Debió al cielo humano pecho,

Llegó á su colmo en Lucía  
La conmoción; y vertiendo  
Una fugitiva lágrima,  
Dijo en voz cortada á Alberto:

« Callad, Alberto; eso es triste  
Y os hace mal; yo os confieso  
Que no creí que cupiese  
Tal dolor en vuestro pecho:

Vamos, abrid vuestro libro  
Y leed algo risueño  
Que os distraiga; me figuro  
Que ha de tener lindos cuentos. »

Más iba ya el sol muy alto;  
Y de acuerdo transfiriendo

La lectura al otro día,  
Ya amigos se despidieron.

— ¿ Veis? dijo Gaspar, hay árboles  
Que taladran los insectos  
Aun antes de que den frutos.  
Y acá Alberto iba diciendo:

« Que eres muy bella lo miro:  
Que eres sensible, lo veo:  
Si eres mujer ó eres ángel,  
Es lo que afirmar no puedo. »

Voi che sapette  
Che cosa è amor,  
Donne vedette  
S'io l'ho nel cor.  
(NOZZE DI FIGARO.)

No alegran más arreboles  
El cielo, cuando amanece,  
Que áureos ensueños al alma  
Que abriéndose al amor viene.

¡ Oh, dichoso, muy dichoso  
El corazón inocente  
Que aspira el primer aroma  
Que de sus alas él vierte!

¡ El alma que ve vestirse,  
Del amor en los vergeles,  
Sus ilusiones, de rosa:  
Sus esperanzas, de verde!

¡ Dulces sueños juveniles,  
Bienhadado el que os posee  
Y aun no sabe que sois tanto  
Como encantadores, breves!

¡ Oh amor del cielo, qué instable  
Es el bien que nos ofreces,  
Y cómo ocultarlo sabes  
Con tus promesas, alevé!

Más, bien haces cuando ciegas  
Las almas que á tí sometes,  
Porque las alas no miren  
Con que revolando vienen;

Porque de amargarse hubiera,  
Sin que evitarlo pudieses,  
La ventura de encontrarte  
Con el temor de perderte.

Bien haces, amor, bien haces  
En presentar tan riente  
A esa niña enamorada  
Cuanto en su redor se extiende.

Tintas de limpio zafiro  
Muéstrale en los cielos siempre:  
Despierta, venturas goce:  
Dormida, venturas sueñe:

Que de los dulces delirios  
Que hoy arrebatan su mente,  
Jamás las doradas ruedas  
En desengaños tropiecen;

Hasta que muertas sus dichas,  
Su vida con ellas vuele;  
Porque tal vez no le cumpla  
Todos sus votos la suerte.

¡ Cuán cortas para Lucía  
Pasan las horas y alegres,  
Desde que llegó á sus prados  
El advenedizo huésped!

¡ Cuán cortos le son los días  
Bajo el pabellón silvestre!  
Solo halla largas las noches  
Que á esas mañanas preceden.

Ya el sol los azules cielos  
Ha medido muchas veces  
Desde que quiso el acaso  
Que entrambos se conociesen;

Y desde entonces, seguida  
Del viejo hortelano, siempre  
La halla asomando en los prados  
Cuando él asoma en Oriente.

Pero en medio á su alegría,  
Ligera sombra parece  
Dar tristeza á su mirada  
Y languidez á sus sienes.

De cuando en cuando sus labios  
Abiertos ligeramente,  
Suspiros dan que diríase  
Que á su pesar se desprenden;

Mientras al cielo sus ojos  
Eleva, cual si quisiese  
Del investigar la causa  
De lo que su pecho siente.

Más si por lejano el cielo  
Explicárselo no puede,  
¿ De los que habitan la tierra,  
Porqué el consejo no inquiera?

¿ Ni el hortelano ni Alberto  
Nada de su mal comprenden?  
¿ Será que de ellos ninguno  
La extraña mudanza observe?

Dígame Gaspar, que atento  
A sus acciones más leves,  
Desde la escena primera  
Su cambio graduando viene,

Y á sus solas atisbándola,  
Mientras de un lado á otro mueve  
La tosca frente rugosa,  
Como quien males presente,

Recordando antigua copla  
Dice para sí entre dientes:  
« Río que suena, agua trae:  
¡ Aparta, que no te lleve! »

Pero Gaspar no recuerda  
Más que palabras corteses  
De Alberto para Lucía,  
Y él siempre ha estado presente.

Efecto de su lectura  
No puede ser; otras veces  
Ha leído también ella,  
Bien que en libros diferentes...

En tanto Alberto, embebida  
Tal vez en sueños la mente,  
De nada se ha apercibido,  
Y no es él tal que lo afecte;

Porque como siempre, franco,  
Ya en partir inocente  
Con ella las horas pasa,  
Ya alguna historia la lee.

Y bien pudo, sin embargo,  
Algo en sus facciones verse,  
En su voz y sus palabras  
Tan puras como su frente,

Cuando en la primer lectura  
Demostraba, interrumpiéndole,  
El sentimiento que hallaba  
Eco en ella interiormente.

Era el canto del Corsario.  
Alberto, que tuvo siempre  
Por Byron una instintiva  
Predilección reverente,

Había hojeado en su vida  
Sus páginas tantas veces,  
Que le eran casi tan llanas  
Cual si en su idioma estuviesen.

El canto de los piratas  
Cuando en grupos diferentes  
En las playas de la isla  
Levantaban su voz agreste,

Ya jugando, ya bebiendo,  
Ora secando sus redes,  
Ya aguzando sus puñales  
Porque su ayuda les prestan,

Llevó al alma de Lucía  
Impresión tan nueva y fuerte,  
Que casi temió en los brazos  
De una pesadilla verse.

Ella estaba tan distante  
De sospechar que existiesen  
Tales pasiones, y un hombre  
Que tal lenguaje tuviese...

Más luego, como el que envuelto  
En tinieblas de repente,  
La luz faltando á sus ojos  
Conciencia de todo pierde:

Pero aviniéndose á poco  
Con las sombras, lentamente

Va sus velos penetrando  
Y cada vez mas comprende;

Ella su interés por grados  
Sintió mas y mas creciente,  
Y fué su pecho latiendo  
Y hallando su ansiedad creces.

— ¿Sabeis, dijo cuando Alberto  
Tradujo el canto solemne  
Y lúgubre de Medora,  
Que eso es un canto de muerte?

¿Dónde hallásteis ese libro?  
¿Quién penetrar así puede  
En lo mas hondo del alma?  
¿Qué triste es!... Mas, no os pese;

Al contrario, repetídmelo  
Y que en mi memoria quede,  
Porque yo tambien le cante  
Cuando en soledad me encuentre.

— Os le escribiré, Lucía,  
Dijo Alberto.

— Antes leédmele  
Otra vez, replicó ella.  
Y él, así dijo obediente:

## I.

Ese tierno secreto en mi alma vive  
Solitario y oculto para siempre:  
Solo al hablar tu corazon, responde:  
Luego otra vez á su silencio vuelve.

## II.

Mi amor aquí, cual cirio en un sepulcro,  
Su llama eterna aunque invisible vierte;  
No ahogarla pueden del dolor las sombras:  
Arde y arde tenaz, mas vanamente.

## III.

¡Oh, acuérdate de mí! nunca á mi tumba  
Sin un recuerdo para mí te acerques;  
Solo un temor mi corazon aterra:  
Tu olvido es lo que temo, no la muerte.

## IV.

Oye mi último ruego, el mas humilde.  
¿Quién condena el dolor por los que mueren?  
Dame una sola lágrima, una sola,  
De tanto amor en recompensa leve.

Medora fué desde entonces  
Como una imágen perenne  
En su alma, y de sus pláticas  
El asunto mas frecuente.

Como en un espejo, en ella  
Juzgaba á sí propia verse,  
Y con su llanto lloraba  
Y rogaba con sus preces.

— ¿Seríais capaz, dijo á Alberto,  
De dar horas tan crueles  
A una mujer que os amase  
Con tal pasión? Respondedme;

Pues si la verdad os digo,  
No sé porqué me parece  
Que fuérais en igual caso  
A igual pena indiferente.

— ¿Porqué creéis eso, Lucía?  
— ¡Oh, esos libros!... ¿Qué de veces  
Despues que leéis en ellos,  
He visto al cielo volverse

Vuestros ojos, y quedaros  
Largos momentos en éxtasis,  
Como si nada en la tierra  
Digno de mirarse hubiese!...

Solo os placen vuestros sueños,  
No lo negueis; y mas puede  
Tal vez en vos una hoja,  
Una sombra la mas leve,

Que... En fin, sois dueño de hacerlo.  
¿Qué loca soy!

— Si supiéseis  
En lo que he estado pensando,  
Lucía, regularmente

¿Cuando mas me habreis creído  
De aquí distante!... Ofrecedme

Que lo creereis.

— ¿No bastara  
Solo que vos lo dijérais?

Yo os creo todo.

— Pues era,  
Lucía, en que si á mi mente  
La musa de los romances  
Prestase luz, y quisiese

Un acabado modelo  
De esa belleza celeste,  
De esa angélica inocencia  
Que dar los poetas suelen

A la mujer en sus cantos,  
Seríais vos seguramente  
El mio.

— ¿Cierto?  
— ¡Qué olvido!  
¿No basta que yo lo exprese?

Una sonrisa inefable  
Despejó súbitamente  
El semblante de Lucía,  
Tornándole mas alegre

Y mas radiante que el cielo  
Cuando la borrasca cede  
Y huye el nublado, y el iris  
Su arco de colores tiende;

Y en una dulce mirada  
Larga, profunda, elocuente,  
Concentró toda su alma  
Y quedó á su vez en éxtasis.

Uno tras otro los días  
Pasaban, y como en este,  
Todo era en ellos coloquios  
Y venturas inocentes;

Mas ella á cada momento  
Mas y mas sintiendo arderser  
En aquella dulce llama,  
De tantos delirios gérmen,

Sin que él mirase siquiera  
Su resplandor, ora fuese  
Que su pensar ocupasen  
Los rigores de su suerte,

Ya satisfecho se hallase  
Llevado por la corriente  
De aquella amistad sencilla,  
Intima, afectuosa y muelle,

La vida de ella, entre tanto,  
Pasaba como una fuente  
Bordada en ambas orillas  
De temillos y claveles,

Sin sospechar, por su dicha,  
Que á aquellas horas rientes  
El tiempo desapiadado  
Término marcar pudiese.

¡Dulces sueños juveniles,  
Bienhadado el que os posee  
Y no sabe que sois tanto  
Como encantadores, breves!

¡Oh! no alegran mas albores  
El cielo, cuando amanece,  
Que ensueños de rosa al alma  
Que abriéndose al amor viene.

Pasce l'agna l'erbette, il lupo l'agne:  
Ma il crudo amor di lagrime si pasce.

(TASSO.)

¿Angel de los desengaños!  
¿Qué haces, di, de tantas lágrimas  
Y solitarios gemidos  
Como desprendes del alma?

¿Aun del doliente tributo  
No está tu copa colmada,  
O no han llorado aun los ojos  
Que han de apaciguar tu saña?

Sobre la hermosa pradera  
Te miro cerner las alas,  
Pronto en tus manos el cáliz...  
Angel sin piedad, ¿qué aguardas?

¿Buscas los ojos de záfiro  
De esa belleza encantada,

Por figurarte que haces  
Al cielo mismo dar lágrimas?

Si es tu fallo irrevocable,  
Da tregua un punto á tus ansias,  
Hasta que al prado devuelva  
La alegría que le falta,

Quando al verla palidezcan  
Las azucenas mas blancas  
Y pierdan junto á su talle  
Su gentileza las palmas.

Un dia mas, y Lucía  
A las praderas no baja:  
¿Qué aleja á esa tierna tórtola  
De sus frescas enramadas?

Alberto ve solitario  
Brillar la nueva mañana,  
Y no baja, y de su ausencia  
En vano la causa indaga.

Gaspar tampoco: es notable  
La ausencia de ambos ¿qué pasa?...  
La última mañana estuvo  
Tan jovial ella y ufana...

Aun rió mucho refiriendo  
A Alberto la extravagancia  
De un sueño con que vió alumbrado  
Un baile en negras hachas...

Alberto á inquietarse empieza.  
Antes, poco le importara  
A él su presencia; al contrario,  
La soledad anhelaba.

Pero ya, á fuerza de verla  
En la deliciosa estancia,  
La hermosa niña hace parte  
De su vida solitaria,

A la par de los jazmines  
Que el pabellon engalanan,  
De las áuras que lo arrullan  
Y las aves que en él cantan.

Hoy mas que nunca, por verla  
Sufrir parece hondas ansias:  
En su semblante, en sus ojos,  
Algo de extraño se alcanza;

Y atravesando las calles  
De granados y de palmas,  
Hasta hallarle junto al rio  
En pos de Gaspar se lanza.

— ¡Eh! viejo loro, le dice,  
¿Podrás decir qué se pasa?  
¿Qué es de Lucía?

— ¡Lucía!  
Dice este en tono de lástima;  
Y en hondo silencio queda,  
La vista en tierra clavada,  
Golpeando maquinalmente  
En el suelo con la barra.

Por fin explicarse quiso;  
Y en fatídicas palabras  
Como siempre, por su genio  
Supersticioso dictadas,

Pero á la vez evitando  
Toda alusion que indicara  
Que él era de aquel misterio  
La real y única causa,

Informóle que á Lucía  
Extraño mal agobiaba,  
Con delirios que él tan solo  
Interpretaba en la casa.

— Bien; pero ¿nada te ha dicho  
Para mí? ¿no deseaba  
Poder salir? dice Alberto,  
Con interés, pero en calma,

Sin amor, mas con ternura  
Cual si hablase de una hermana,  
Y veíase que el viejo  
En contestar vacilaba.

(Se continuará.)

JOSE ANTONIO CALCAÑO.

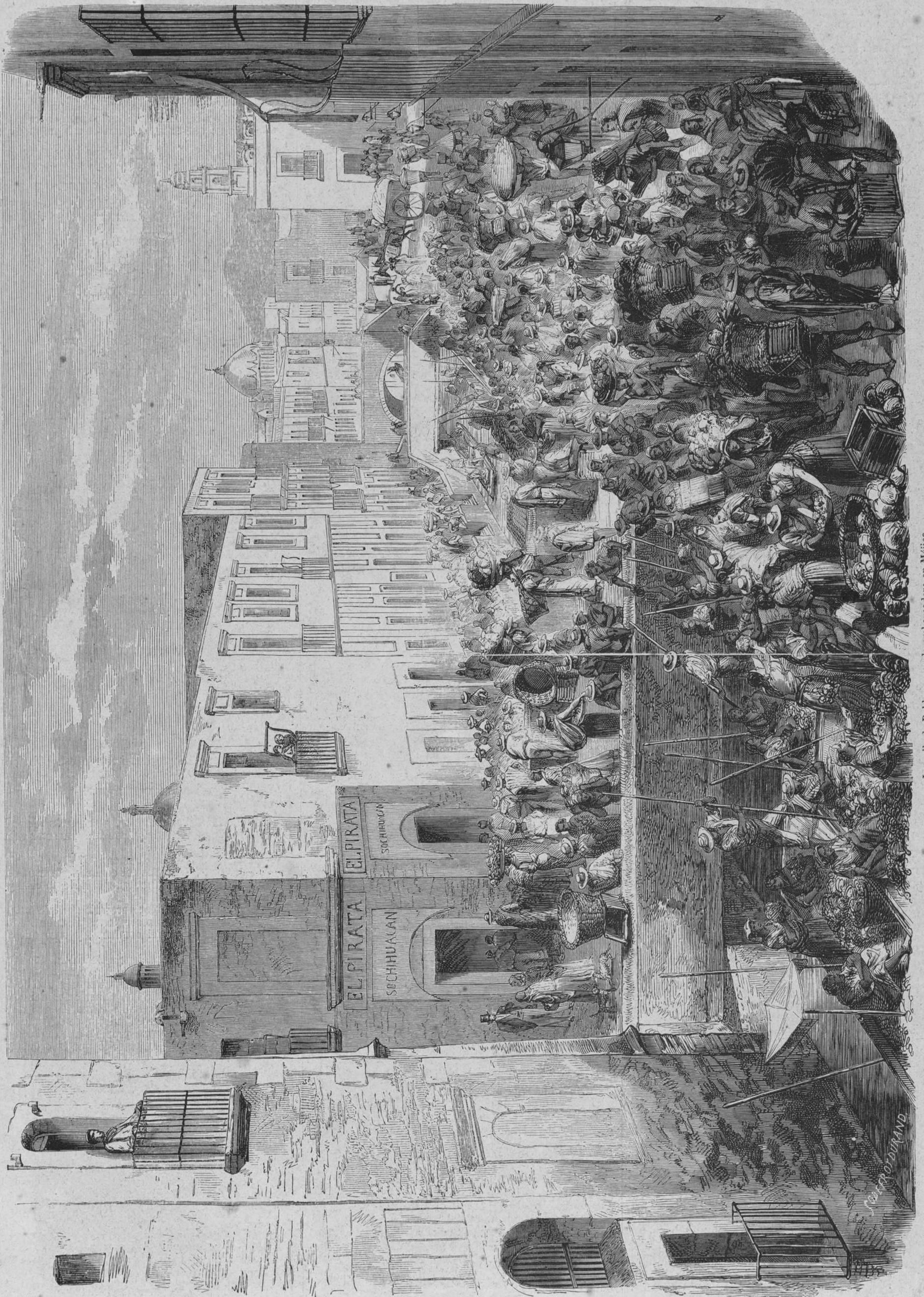
## Méjico.

(Artículo II. — Véase el número 481.)

La toma de Méjico por Cortés arrastró la sumision de la mayor parte de las provincias de la América setentrional. El conquistador devolvió la preeminencia á la



La plaza de Armas de Méjico. — Revista de tropas mejicanas.



La calle de Roldan y su desembarcadero en Méjico.

capital de Motezuma. Saliendo de sus lagunas mas hermosa que antes, reinó sobre mas reinos que habria podido soñar bajo sus antiguos monarcas, y vino a ser en poco tiempo la mas gloriosa de las ciudades del nuevo mundo. Entre los restos de las antigüedades mejicanas se pueden contar ya en el recinto de la poblacion, ya en sus cercanias, las ruinas de los diques (albaradones) y de los acueductos de los Aztecas; la piedra llamada de los Sacrificios, adornada con un relieve que representa el triunfo de un rey mejicano; el gran monumento calendario; la estatua colosal de la diosa Teojoaomiqui; los manuscritos ó cuadros geroglíficos aztecas, pintados sobre papel de pita, sobre pieles de ciervo y telas de algodón; los cimientos del palacio de los reyes de Alcolhuacan en Tezeuco; el relieve colosal trazado en la cara occidental del Peñal de los Baños, y otros varios objetos que recuerdan las instituciones y las obras de pueblos de raza mongola.

Parece ser que los únicos monumentos de los Aztecas eran los Teocallis ó casas de Dios. El de Tenochtitlan, exactamente orientado como todas las pirámides egipcias y asiáticas, tenia 97 metros de base, y formaba una pirámide tan truncada, que visto de lejos el monumento parecia un enorme cubo, sobre cuya cumbre se elevaban pequeños altares cubiertos con cúpulas de madera. La seguridad de los vencedores hizo necesaria la destrucción de los Teocallis, que se efectuó en parte durante el sitio, pues aquellas pirámides truncadas servian de refugio á los combatientes; eran como otros tantos castillos de los que se debió desalojar al enemigo.

Es imposible determinar con certeza el número de los habitantes de la antigua Tenochtitlan. Segun la relacion de los primeros conquistadores, y sobre todo segun el número de combatientes que el rey de Cuicahuatgin y Guatimoxin opusieron á los Tlascaltecas y á los españoles, la poblacion de Tenochtitlan era tres veces mayor que lo es en nuestros dias la de Méjico. Cortés asegura que despues del sitio, el concurso de los artesanos mejicanos que trabajaban para los españoles de carpinteros, albañiles, tejedores y fundidores era tan crecido, que en 1524 la nueva ciudad de Méjico contaba ya 30,000 habitantes. Por lo demás, en los tiempos en que los españoles llegaron á Méjico por primera vez, encontraron una poblacion considerable, y las costas hoy desiertas se hallaban entonces ocupadas por muchos pueblos cuya riqueza ó industria les llenaron de asombro.

Los anales de todas las naciones de Nueva España prueban claramente que la sociedad americana, en la época de la conquista, se hallaba por do quiera en progreso. La religion se fundaba casi únicamente en los fenómenos naturales. La creencia en la inmortalidad del alma era universal. Seguramente se ha exagerado el número de las victimas que los mejicanos inmolaban á su dios, pero no por esto dejaba de ser la creencia cerimoniosa una horrible matanza de carne humana. Las naciones vecinas se mostraron irritadas á menudo contra aquellas abominaciones, y el pueblo, hasta dentro de Méjico, manifestó su horror á la vista de los cautivos que arrastraban á los altares de Huitzilopochtli. En ninguna parte en el mundo hubo tantos templos como en Méjico. Aun en los caminos los mejicanos tenian un crecido número de capillitas que recordaban la idea de Dios á los viajeros; pero de todos estos templos, el mas célebre era el gran *Teocalli* de Méjico, que ocupaba precisamente el mismo terreno donde está hoy la catedral, y era el centro de la antigua poblacion. A decir verdad, el templo no era mas que una montaña que dominaba toda la ciudad, y sobre él los sacerdotes mostraban la divinidad, el incienso y las victimas.

El conjunto de la moral de los mejicanos bien superior, segun M. Brasseur de Bourbourg, á la de los pueblos de la antigüedad, y aun á la de un crecido número de naciones existentes hoy en las regiones del Asia, no solo se halla en una contradiccion evidente con su religion, sino que en muchos puntos parece estar copiada del código evangélico. La condicion de los esclavos era soportable. Se admitia la poligamia, pero mas bien como un abuso particular de la nobleza que como una ley social, y la santidad del matrimonio era inviolable como en las naciones mas cristianas.

Las costumbres domésticas no podian ser mejores: la mujer, respetada por su marido, no era esclava como en Oriente.

En el órden estético, los mejicanos se aplicaban sobre todo al mosaico, que hacían con las plumas de pájaros mas bellas y delicadas. Obras justamente admiradas, dice el historiador español Acosta; pero era maravilloso que pudieran ejecutar con plumas de pájaros unos dibujos tan finos y delicados que parecian estar hechos con un pincel, sin que el pincel ni la pintura artificial puedan imitar su viveza y brillo. Hay indios tan superiores en esto, que imitan con la última exactitud, por medio de plumas de pájaros, las obras de la pintura, sin que sean inferiores á las de los mejores maestros de las Españas. El ayo del principe Don Felipe regaló á este tres estampitas para que le sirvieran de señales en su libro de devocion, y el infante se las enseñó á su padre el rey Felipe II, quien dijo no haber visto jamás nada tan perfecto en cosa tan menuda. Un cuadro mas grande, que representaba á san Francisco, fué presentado al papa Sixto V como un trabajo de pluma hecho por los indios, y S. S. quiso tocarle para cerciorarse de que no era una pintura; pareciame maravilloso que estuviese tan bien ajustado y tan liso que los ojos no podian distinguir si los colores habian sido colocados artificialmente con el pincel, ó si eran naturales en aquellas plumas. La reunion del verde con el dorado y otros

variados matices, es todo lo mas hermoso que puede verse, en atencion á que los colores cambian ó desaparecen conforme hieren el cuadro los rayos de la luz.

Los magníficos colores que empleaban los mejicanos para pintar sus cuadros y sus telas, los sacaban de maderas, flores, plantas, conchas ó minerales de toda especie. Los restos que han quedado de la pintura americana se acercan al estilo de los pueblos primitivos del antiguo mundo; son animales, pájaros, flores, plantas y árboles reproducidos al natural y con una exactitud perfecta en los ornatos de sus casas, sobre las paredes, en las que aplicaban un barniz ordinariamente de un fondo azul ó encarnado.

En cuanto á la arquitectura, lo que mas llama la atencion á primera vista es la forma cónica ó piramidal; la poca elevacion de los edificios relativamente á su extension, así como la solidez de su construccion; pero reflexionando en el carácter del pais, se encuentran las razones de esas disposiciones arquitectónicas en la frecuencia de los terremotos.

La industria era tambien muy notable en el imperio de los Aztecas. Los artesanos de Méjico esmaltaban de un modo maravilloso; sus joyeros trabajaban y tallaban las piedras duras y las piedras preciosas con instrumentos que en el dia se desconocen. Los escultores tenian instrumentos de piedra ó de una mezcla de cobre y de estaño que templaban tan bien como nosotros el acero. Lo que ha quedado de la alfareria mejicana es suficiente para manifestar lo adelantados que estaban en este ramo. Pero de todas las artes, la que estaba mas en boga en Méjico era la de la fundicion de los metales, industria en que los mejicanos han sobrepujado á los europeos. Las obras de oro y de plata que Carlos V recibió de Cortés llenaron de admiracion á los artistas de España, de Francia y de Italia, que las declararon inimitables. En fin, era tal la hermosura de aquellas alhajas, dice M. Brasseur de Bourbourg, á quien tomamos estos detalles, que se preferian al metal.

En Méjico no conocian ni la lana, ni la seda ordinaria, ni el cáñamo; las poblaciones suplían la lana con el algodón, el cáñamo con el ixotl ó palmera de las montañas y los filamentos de diferentes especies de aloes, y la seda con el pelo de conejo ó de liebre. Pocos años despues de la conquista llevaron á Roma ese traje de sacerdote mejicano cuya finura y belleza excitaron la admiracion de toda la corte pontificia. Los mejicanos hacian estos tejidos con figuras de diversos colores que representaban plantas y animales. Mezclando plumas con el algodón, confeccionaban capas, mantas, tapices y otras telas no menos suaves al tacto que agradables á la vista.

La civilizacion azteca no era sin embargo mas que el reflejo de otra civilizacion mas antigua. De todas las naciones de la Nueva España en el momento de la conquista, los aztecas eran los hombres menos cultos.

Segun dice Humboldt, los Tultecas ó los Aztecas podrian ser una parte de aquellos Hiongnoux, que segun los historiadores chinos emigraron guiados por su jefe Punon, y se perdieron en el Norte de la Siberia. Esta nacion de guerreros pastores cambió mas de una vez la faz política del Asia oriental; ella fué la que mezclada con otros pueblos de raza finesa ó uraliana, desoló la mas hermosa parte de la Europa civilizada. Relativamente á los mismos orígenes, M. Brasseur de Bourbourg, á quien siempre es preciso citar cuando se trata de las antigüedades americanas, ha creído distinguir señales de los escandinavos en algunas invasiones septentrionales; tambien ha creído hallar recuerdos mas ó menos aparentes de los árabes y de las antiguas poblaciones de la cuenca del Mediterráneo en el Ycutan y el Guiche, como ha visto el budismo indio ó chino en la mayor parte de las reliquias de Méjico y de la América central. M. B.

(Se continuará.)

## Un año de matrimonio

POR EMILIA CARLEN.

(Continuacion.)

De este modo el coronel sometia á su amigo á un examen incesante; y ya fuera por ilusion de los celos, ya por observaciones minuciosas, descubria en Adriano señales de emocion siempre que Lavinia se presentaba. Hermann, aunque se repetia mil veces que el conde era un hombre de honor que huiria si conocia el peligro, mil veces tambien sentia el deseo de arrojarle fuera de su casa como á un traidor.

Semejantes tormentos agriaban naturalmente el humor del coronel, y Lavinia, que no se podia explicar aquellas variaciones, aquellos resentimientos sin causa, se ponía mas triste á cada instante, si bien nada en su exterior alteraba la plácida igualdad de sus maneras.

Únicamente Rodolfo, que habria tenido motivos para quejarse, trataba siempre de disculpar á sus propios ojos la inculcable conducta de Julia; lo achacaba todo á su mala educacion, la tomaba en cuenta sus menores señales de ternura, y se repetía sin cesar que debía tener cuidado con heir á tan frágil naturaleza; pero sufría silenciosamente, y las cosas llegaron á tal punto, que al fin sintió la necesidad de hablar: ya Julia no solo le descuidaba á él, sino tambien á su hijo, para entre-

garse con avidez á todas las distracciones. Un olvido tan completo de sus deberes exigia al menos una reprimenda, y era preciso hacerla.

Era una tarde ardorosa del mes de julio; el coronel que habia debido ausentarse la vispera, volveria en la noche. El conde Adriano, quejandose de dolor de cabeza, no habia salido de su cuarto, y Lavinia estaba ocupada en el suyo. Julia, en el apogeo de un mal humor que habia nacido aquella mañana, y que en vano Rodolfo habia tratado de disipar, habia ido á extenderse en una butaca despues de haber querido emprender varias operaciones igualmente importantes para distraerla.

— ¿Quieres que te lea alguna cosa? preguntó Rodolfo.

— ¡Oh! no, lees muy mal; quien ha oido una vez al conde Adriano ya no puede soportar lecturas de nadie.

— Sé que tiene la dicha de hacerlo todo perfectamente, respondió Rodolfo picado.

Y luego añadió como tomándolo á broma:

— Sin embargo, á falta de su voz...

— Quisiera saber, interrumpió Julia, ¿por qué hablas siempre del conde con ese tonillo tan singular? Como si no fuera para mí el último de los hombres... Pero en fin, ya que no está aquí hoy, prefiero leer yo; dame ese libro.

— ¿Con que no quieres que te lea alto?

— No.

— Julia, eres...

Y se detuvo.

— Acaba, ¿qué soy? Dormilona, ¿no es verdad? Así es, tengo sueño cuando me fastidio.

— ¿Quieres que vaya á buscar al niño? Antes te gustaba tenerle á tu lado.

— ¡Antes! Cualquiera creeria que me reconviene. ¡Antes! No conozco hombre mas exigente que tú. ¿He de tenerle todo el dia en brazos? Pues á fe que pesa poco.

— Julia, cuidado con lo que dices; esas palabras no le están bien á una madre, y la pureza de tu corazón acabará por alterarse con tanto capricho.

— Vamos, confiesa de una vez la causa de tanto descontento como me demuestras... confiesa que tienes celos del conde.

Rodolfo se puso pálido.

— No, dijo con resolucion, no estoy celoso; pero semejante suposicion es imprudente por tu parte, mas que imprudente, Julia.

— ¿Y por qué si adivino la verdad? ¿El conde no es hombre que pueda dar celos á un marido?

— No lo sé, y me importa poco; pero te repito, Julia, que tales suposiciones no cuadran con la dignidad de una mujer casada, y que no se juega con una cosa tan sagrada como lo es el matrimonio.

— Rodolfo, olvidas que hablas á tu esposa, exclamó Julia con entereza, pero loca de júbilo en el fondo al ver que se alarmaba su marido.

— Sé que hablo á una niña mimada, y que es tiempo de decirle la verdad; no dudo de tu corazón, pero quiero que renuncies á las incalificables ligerezas con que te diviertes desde hace algun tiempo. No continúes ese juego peligroso con el conde, ó perderás en él su respeto, y lo que es mas grave aun, la estimacion de tu marido.

— Rodolfo, nunca me has hablado así. ¡Oh! ¡Dios mio! Ya no me ama. Cuánto mejor habria sido que hubiese muerto en mi enfermedad antes que vivir despreciada por mi marido.

Y Julia prorumpió en sollozos.

— Mi querida Julia, mi amor, ¿qué estás diciendo? Consuélate, y prométeme únicamente que serás menos imprudente en lo sucesivo.

— Pero en fin, ¿qué he de hacer yo?

— No correr tanto en pos del conde, preferir mi compañía á la suya, permitirme que te lleve tu chal y tu pañuelo...

— ¡Oh! eso es imposible; pareceria que le temo, que le creo peligroso, y eso me comprometeria mucho mas. No cambiaré en nada mi conducta, y creo que será mejor.

— Julia, mira que mi paciencia tiene limites.

— Pues quisiera saber adonde llegan.

— Mira que de esta broma depende toda tu felicidad.

— Pues bien, confíesame que tienes celos del conde.

— No, no los tengo, respondió el marido con un esfuerzo de conciliacion; pero si quieres, te diré que estoy en camino de tenerlos, y me prometo que en tales circunstancias mi Julia sabrá hacer lo que la ordenan el amor y sus deberes de esposa.

La victoria era de Julia; ella lo comprendió, y quiso asegurársela con esas mil caricias que fascinaban siempre á Rodolfo, le calmó con sus besos y su alegría. Pero como habia dicho Rodolfo, aquel juego era tanto mas peligroso cuanto mas se obstinaba ella en proseguirle, por estar persuadida de que probar así el cariño de su marido era el medio mejor de afianzarle. Se complacia en aquella prueba cruel, y ya por predisposicion maligna, ya por capricho, resolvió continuarla.

Mientras tenia lugar esta conversacion en el cuarto de Rodolfo, Lavinia, habiendo concluido de escribir su correspondencia, bajó al salon, y por un impulso instintivo se fué á instalar á la ventana que daba á la avenida principal del parque. Hermann no podia volver hasta dentro de dos ó tres horas, y sin embargo aquella ventana era la que mejor le parecia á Lavinia. Allí estaba hacia hora y media cuando entró Adriano.

— A fe mia, exclamó el conde sonriendo, debeis tener una vista á toda prueba para resistir el reflejo del sol que teneis delante.

— Hasta ahora no tengo porque quejarme de mi vista, respondió la joven, y he elegido este puesto para ver cuando llega mi marido.

— Sin embargo, podriais ahorraros ese trabajo durante un par de horas, pues no volverá antes de las siete.

— A veces se adelanta al momento que él mismo ha fijado, y me dan intenciones de preguntar á Rodolfo y á Julia si les gustaria pasearse un rato ya que ha pasado la fuerza del calor; con eso iriamos á encontrarnos con mi marido.

— En ese caso debeis considerarme desde hoy como la quinta rueda de un carruaje.

— Es decir, ¿cómo superfluo? No, seguramente. Para el dolor de cabeza nada es mas saludable que el ejercicio y la distraccion; como doctor tengo la pedanteria de prescribiros el primero, y mi amor propio me hace presumir que puedo ofreceros la segunda. Por esto, en lugar de ser la quinta rueda, nos hareis el favor de ser la cuarta.

El conde se inclinó sonriendo, y Lavinia envió á su doncella á preguntar si su hermano y su cuñada querian acompañarla. En el momento en que entró en el cuarto de Julia, la joven se enjugaba los ojos y respondió que no: ¿cómo podia distraerla un paseo en que no veria al conde, teniendo que soportar además el interrogatorio que Lavinia no dejaria de hacerla sobre sus ojos húmedos aun?

— Decid á Lavinia que estoy muy cansada para salir ahora.

— Habrias debido aceptar, Julia, dijo Rodolfo en cuanto se retiró la doncella: me gusta que estés lo mas posible con mi hermana; ella quizá te hará comprender muchas cosas que aun son oscuras para tí.

— ¿De veras? exclamó Julia retorciéndose el cabello con impaciencia.

— Así lo creo; Lavinia ve las cosas con imparcialidad.

— ¡Con imparcialidad! ¡oh! sin duda; en ese caso, ¿porqué no la confias tus locas inquietudes y las suplicas que sea nuestro juez?

— Julia, no deseo hacerlo, pero atiende á sus consejos, pues lo son de hermana y de amiga.

— Prefiero seguir los de mi conciencia, que siempre me ha guiado perfectamente.

— Sin embargo, me prometo que seguirás los míos.

— ¿Tienes alguno que darme?

— Sí, ó mejor dicho, consejo no, una orden, exclamó Rodolfo ya fuera de si por el tono provocativo de su esposa. Desde la vuelta de Hermann hemos pasado aquí tres semanas, y aunque hemos prometido estar quince días mas, me veo en la precision de cambiar de propósito, y te pido que prepares tus cosas, de manera que podamos partir á principios de la semana entrante.

Y dicho esto salió del aposento.

Julia se quedó estupefacta. ¡Rodolfo mandar así!... No, era demasiado. Aquella mujer adorada, aquella niña mimada no lo soportaria, y se preguntaba si era preciso tener un ataque de nervios y desmayarse, ó si habia llegado la hora de la obediencia. No, era imposible que se hubiesen concluido sus días de gozo y de soberanía. ¡Obedecer! Su poderío quedaria aniquilado para siempre si pasaba por aquella humillante extremidad. ¿Cederia un instante para volver á ganar despues de lágrimas y caricias la autoridad que parecia escaparse de sus manos? No, eso era un medio vulgar, y ella se habia burlado de las mujeres que le empleaban. Lo que queria era triunfar ostensiblemente y no dominar con la astucia.

Mientras Julia discutia así consigo misma los medios de salir de su apurada situacion, Rodolfo, retirado al cuarto contiguo, esperaba con angustia el resultado de sus reflexiones. De repente oyó el paso ligero de su esposa, y su corazon palpó fuertemente.

— ¡Oh! Julia, exclamó, ¡ya sabia yo que volverias!

Julia entró; pero en lugar de arrojarle en los brazos de su marido, tomó con resolucion sobre la mesa su sombrero y sus guantes.

Rodolfo se temió alguna cosa; corrió á la ventana y vió á Lavinia que bajaba con el conde la alameda principal del palacio.

— ¿Qué haceis? ¿Adónde vais? preguntó.

— Con vuestra hermana, como me habeis dicho.

— Sí, pero yo la creia sola y no lo está: no os rebajareis hasta el punto de seguir á ese hombre por todas partes.

— Seria divertido, en verdad, que por causa de vuestra locura yo tuviera que encerrarme entre cuatro paredes: ya comprenderéis que no debo hacer caso de una prohibicion que no tiene motivo.

Y poniéndose el guante, se adelantó muy erguida hacia la puerta.

— No saldreis porque yo no quiero, gritó Rodolfo exasperado.

Y arrancando el sombrero de manos de su mujer, le arrojó sobre la cama, cerró la puerta con llave y bajó.

## XXIV.

Apenas hacia un cuarto de hora que Lavinia y el conde habian salido de casa, cuando distinguieron el carruaje de Hermann.

Por larga que fuera la distancia, el coronel reconoció á Lavinia y á su amigo, y al mismo tiempo advirtió que no les acompañaban ni Rodolfo ni Julia.

— ¡Es bien extraño! murmuró; sabian que yo no de-

bia volver tan pronto: ¿porqué están juntos? ¿porqué no les acompañan ni Julia ni Rodolfo?

Y negros pensamientos le asaltaron de nuevo, y su memoria le volvió á trazar aquel pasado que habia lacerado su corazon con tormentos inauditos. Que Adriano amase á Lavinia, era una cosa que para él estaba fuera de toda duda; pero ella... ¡ella! ella tambien le buscaba; ¿no le habia buscado durante la enfermedad de las niñas? ¿no habia preferido su presencia al sueño y al descanso que tanto necesitaba?

— ¡Oh! ¡Maldicion! ¡Maldicion! exclamó, y pegaba con rabia á los caballos que volaban. ¡Bonito paseo es en verdad esa fresca enramada tan escondida!... Pero ¿porqué sacudo así á estos pobres animales? Cualquiera diria que tengo prisa por llegar á casa donde todos están bien sin mí.

Y su frente se ponía mas pálida, y sus ojos chispeaban viendo que el conde ofrecia la mano á la joven para que dejase la cuestecilla en donde se habia sentado.

— ¡Buenas tardes, Hermann! le gritó alegremente Lavinia saludándole con la mirada y con la mano; correis como si viniérais perseguido; creí que ibais á pasar sin vernos... pero, ¡qué calor teneis! Por fortuna yo soy la prevision personificada, y al atravesar la huerta he tomado estas frutas.

Y al hablar así le presentaba una hermosa fruta en sus blancas manos.

— Sí, sí, sois la prevision en persona, dijo el coronel con amarga sonrisa.

Y su mirada se fijaba alternativamente en Adriano y Lavinia.

De repente arrojó las guías al criado, y apeándose dió orden al cohecho de que continuara.

Lavinia estaba estupefacta; en lugar de la mirada brillante de júbilo que se habia prometido, encontraba en los ojos de Hermann una expresion de resentimiento muy marcada.

— Algo le ha sucedido, se dijo; tiene algun motivo de pesar.

Y al punto volvió á tomar su aire de alegría, como para hacerle comprender que lejos de imitarle le perdonaba.

El conde, que no habia recibido ninguna respuesta á su saludo, no se resignó á un perdon tan generoso, y dijo con un acento que denotaba un descontento muy visible:

— Admiro á esta señora en los cuidados que se toma para prevenir las necesidades de su marido.

Lavinia se entristeció al ver que el conde se habia picado por la acogida de Hermann; pero su tristeza casi se cambió en espanto cuando vió la impresion que aquella leccion habia producido en el coronel. La ira se pintó en sus facciones; se detuvo y alzó la cabeza; pero haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, se calló y prosiguió su marcha. Lavinia conoció todo lo que le habia costado el dominar así su violenta naturaleza, y queriendo demostrarle por ello su gratitud, le tomó del brazo y le dijo con una sonrisa:

— Rosenberg se halla bien triste durante las ausencias de su señor.

Habriase dicho que aquella voz armoniosa conjuraba todos los malos sentimientos que se agitaban en el corazon de Hermann, se inclinó extasiado hacia la joven y repuso:

— Para mí, el saber que una persona ha sentido mi ausencia y me ha esperado, es mucho mas de lo que podia prometerme.

— Y si no hubiese habido esa persona, exclamó la joven con presteza, al menos se habria logrado que nadie fuese testigo de la incomodidad que os causan vuestros negocios.

— ¡Mis negocios! repitió el coronel; ¿me tomáis, Lavinia, por uno de esos hombres débiles que hacen recaer sobre los demás el peso de sus incomodidades? No, bajo la presion mas cruel de inquietudes materiales sabria mostrar una frente serena; por lo demás, mis negocios se hallan en buen estado, y lo que me habia entristecido, era un pensamiento que se me ocurrió, y que se ha disipado al soplo de vuestra bondad, pues vuestro corazon rebosa misericordia, Lavinia. Si hubiéseis tenido menos, mi corazon que se subleva tan facilmente quizá habria herido al vuestro, y entrambos hubiésemos sufrido algun tiempo mas; pero habeis conjurado la borrasca; no sé cómo lo haceis, mas con una palabra las nubes se disipan y se aclara el horizonte.

— Felicitaos pues de que así suceda; ¿no recordais la leccion que me disteis en el cementerio el día en que llegué al Rosenberg?

— Si os hubiera conocido como os conozco ahora, muchas de aquellas cosas no habrian salido jamas de mis labios, pues eran superfluas.

— Entonces, dijo Lavinia con una entonacion mas baja y echando una mirada al otro lado del camino por donde el conde marchaba solo, muy cabizbajo; entonces, ¿permitiriais á vuestra esposa una observacion, si pensara que bajo ciertos conceptos no anduvisteis acertado?

— ¿Y porqué no? respondió Hermann sonrojándose ligeramente con el recuerdo de lo que habia dicho, que no podia soportar observaciones de nadie, sobre todo de su mujer. Una esposa indulgente é ilustrada puede todo lo que quiere, puesto que no puede querer mas que el bien. ¿Cuales son mis culpas, Lavinia?

— Habeis herido al conde, le habeis afligido, y no le decis una palabra.

— ¿No era bastante callarme á su inoportuna alusion?

— No era bastante; yo no he comprendido que hubiera hecho semejante alusion, pero es vuestro, esta en

vuestra casa, y sabeis que es un hombre susceptible; amigo mio, no me queda otro argumento que el de manifestaros que tendria mucho gusto en que fuérais á hablarle.

El coronel suspiró, y Lavinia, que ignoraba todos sus tormentos, no se explicaba ni su indecision ni la lucha que parecia sostener interiormente.

Por fin atravesó el camino y dijo con un esfuerzo afectuoso:

— Perdóname, amigo mio, conversando con mi mujer me he olvidado de mis deberes.

Adriano se detuvo y clavó en el coronel su suave y penetrante mirada. Hermann descubrió en ella las señales de una tristeza que le hizo mal, y pensó en los veinte años de una amistad que habian ultrajado sus sospechas.

El conde exclamó con risueña cordialidad:

— Habla con Lavinia, amigo mio; yo me adelanto para tomar una taza de té que me tendra preparada Teresa; habia renunciado á ella por salir con la señora, que no tenia quien la acompañara. No me siento bien, hasta luego.

Y saludando ligeramente, se alejó.

Hermann se acercó á Lavinia.

— ¿Estais satisfecha?

— Sí, satisfecha y agradecida, Hermann. Además estoy orgullosa.

— ¿Y porqué?

— Porque veo que mis consejos pueden tener alguna influencia sobre vos.

— Son poderosísimos, Lavinia; desde hace algun tiempo conozco la felicidad de ser guiado hacia el bien por una mano inteligente y afectuosa; es como un segundo nacimiento. La tumultuosa turbacion del alma se apacigua bajo esa benéfica direccion, os agradezco que hayais tomado ese papel, y os bendigo; para toda mi vida me quedara algo de vos, y será el deseo del bien y la fuerza de cumplirlo.

Lavinia no respondió; estaba conmovida con aquella confesion de ese hombre antes tan orgulloso; se calló y siguió andando á su lado hasta que llegaron á la puerta de su casa.

— ¿Qué hay? preguntó la joven viendo á Teresa que la salia al encuentro.

— Gracias á Dios que estais de vuelta, señora, no sabemos que hacer; vuestro hermano está como loco, su señora ha tenido un desmayo, ha tardado en volver en sí mas de una hora, y despues la repiten los accidentes sin descanso.

Lavinia soltó el brazo de su marido y corrió al cuarto de Julia, á quien halló tendida sobre el sofá, en tanto que Rodolfo, arrodillado á sus pies, regaba su rostro con vinagre, agua de Colonia y aguardiente alcanforado, sin poder contener los sollozos y las crisis nerviosas de la joven.

— Pero ¿qué sucede? preguntó Lavinia con espanto.

— ¡Oh! suspiró Julia, mi cabeza arde, mi corazon se hace pedazos, me voy á morir.

— Perdóname, perdóname, Julia adorada, pues yo no puedo perdonarme á mí mismo el haberte puesto en ese estado.

— ¡Tú! exclamó Lavinia; ¿y cómo ha sido?

— ¿Qué puedo decirte? Hablaba con Julia de alguna puerilidad.

— ¡Puerilidad! Hombre falso y malvado, dí la verdad, dí que tus rabiosos celos y tu salvaje violencia han causado mi muerte.

— Mi querida Julia, repuso Lavinia con severidad, debo advertirte que hay criados en el cuarto contiguo, y que no seria conveniente que te oyeran hablar de ese modo.

— Te está muy bien hablar así despues que has hecho de mi buen Rodolfo lo que es ahora, un ser tiránico, celoso y violento, rebajándote siempre delante de tu marido, y haciendo creer á los hombres que las mujeres solo están en el mundo para obedecerles y servirles...

— ¡Oh! perdónala, exclamó Rodolfo con inquietud; mi buena Lavinia, está enferma, y no es responsable de lo que dice.

— Sí, sí, repuso Julia sollozando; sé muy bien lo que me digo, y sé tambien que este Rosenberg es un lugar maldito que ya ha costado la vida á otra mujer; todo el mundo lo sabe, y ya verás como yo dejo la mia.

— Silencio, por Dios, interrumpió Lavinia, oigo que sube Hermann.

— ¿Y qué me importa? ¿piensas que yo le tengo miedo? No me gusta que me hagan observaciones.

— Es preciso que yo salga un instante, murmuró Lavinia á su hermano.

Y este respondió suspirando:

— Sabe Dios cómo se acabará todo esto.

— Pues es facil preverlo, repuso Lavinia con una sonrisa irónica; mañana todo se habrá calmado, y ella se mostrará tan encantadora como de costumbre.

Y se fué á buscar al coronel.

## XXV.

La prediccion de Lavinia se realizó. Al otro día Julia se presentó á la hora del almuerzo, tan fresca y tan alegre como de costumbre. Se mostró mas obsequiosa que nunca con su marido, le hizo cigarrillos de papel, y pasó dos horas al querubin con un cariño extraordinario. Ni siquiera pareció observar la presencia del conde, y el débil Rodolfo se dejó engañar con esas apariencias, hasta que al fin vino á tomar el papel de arrepentido.

— Eres un ángel y yo soy un monstruo, la dijo aquella noche.

Y Julia convino en ello, y repitió que había estado expuesta a un ataque de locura; efectivamente, se había asustado de veras, y no pensaba más que en hallar modo de vengarse y de hacerle sentir el mismo terror que ella había experimentado. Lo que hasta entonces había sido un medio de distracción y de bromas futuras se convertía ahora en represalias. Rodolfo aprendería a temblar, pero después conocería que le habían dado un chasco solemne.

Dos días más Julia desempeñó el papel de la perfecta casada. Pero hé aquí que había llegado el tercero: la joven dormía algo más que de costumbre, y entre tanto Rodolfo en pie, y con la palidez de la desesperación pintada en su semblante, recorría el cuarto muy agitado. Por fin se acercó a la cama y tocó con los dedos la frente de su mujer, que se despertó y le dijo extendiendo los brazos:

— Buenos días, Rodolfo.

Rodolfo la miró fijamente sin hacer un movimiento.

— ¿Qué tienes? le preguntó con una inquietud admirablemente fingida.

— Nada.

— ¡Ah! ¿Tendremos otra hoy? ¿Estas incomodada todavía? Y sin embargo, Rodolfo, si... si supieras lo que me cuesta esta alegría aparente, lo agradecerías.

Y se interrumpió como si hubiese querido sofocar las señales de una tristeza invencible.

— Lo sé, respondió él con amargura.

— ¿Lo sabes!...

— Sí, Julia, esta noche te has hecho traición, has revelado a pesar tuyo lo que yo presentía hace mucho tiempo. Mientras me creías dormido, te he oído llorar y pronunciar un nombre que no repetiré, porque no quiero que te ruborices.

Julia ocultó su rostro con sus manos.

— ¡Oh! ¿qué hacer? ¿no hay esperanza? Habla pues, en nombre del cielo.

Julia continuó sin desplegar sus labios mirándole al través de sus dedos, y riéndose de su desesperación.

Y sin embargo, Julia amaba a Rodolfo con todas las fuerzas de su corazón.

— ¡Pero es un sueño, una locura!... Sí, un sueño que se desvanecerá muy pronto, y yo te trataré como una niña mimada, engañada, pero querida y siempre pura. Julia, prométeme que te salvarás en mis brazos de todos los peligros, dame esa esperanza... No puede haberse concluido enteramente el amor que me tenías, ¿no es verdad, Julia?

— Nada es verdad, sino que yo soy muy desgraciada. Y el desesperado Rodolfo pareció llegar al colmo de la desesperación.

Al verle así, un sentimiento, no hijo de su indignidad, sino de compasión, se apoderó de Julia, y resolvió terminar la prueba aquel mismo día, pero quería hacérsela sufrir completamente antes de volverle a las delicias del paraíso.

En el cerebro trastornado de Rodolfo no bullía distintamente más que un pensamiento, el de sacar a Julia de aquel lugar de tentación. No podía creer su desgracia sin remedio; estaba seguro de reconquistar poco a poco su cariño, y en esta esperanza dominó las señales de su desesperación y trató de calmarse delante de ella.

Sin embargo, se hallaba tan conmovido que no quería bajar al salón, y pretextó para ello una indisposición pasajera, pero no reclamó la compañía de Julia, que ella por su parte no le ofreció tampoco.

(Se continuará.)

### M. Fromental Halevy.

Vamos a completar aquí con datos más precisos los ligeros apuntes que publicamos en nuestro último número (véase la *Revista de París*) acerca del compositor M. Halevy, cuyo fallecimiento ha afligido profundamente no solo a los músicos de profesión, sino a todos los artistas en general y a todas las personas que no miran el arte con indiferencia.

Ya sabemos que Halevy había nacido en París a fines del siglo último, que había hecho sus estudios en el Conservatorio, y que fué discípulo de Cherubini, quien le demostró un afecto particular. Habiendo alcanzado en 1819 el primer premio de composición musical, fué como todos los laureados a pasar algunos años



M. Fromental Halevy.

en Italia con la pensión ordinaria que se le había concedido.

De vuelta en Francia, no hubo de tropezar con grandes obstáculos, y es de creer que la amistad y la protección de Cherubini, entonces muy influyente, le allanaron mucho el camino. Hoy apenas nadie se acuerda de sus primeras óperas, el *Artisan*, el *Roi et le Batelier*. El *Dilettante d'Avignon*, para el que tuvo de colaborador literario a su hermano M. Leon Halevy, le dió ya alguna fama. Por la misma época le dieron el puesto de acompañante en el Teatro Italiano, que Herold dejaba para pasar a la Opera, y tuvo la buena suerte de hacer representar allí una obra muy importante, *Clari*, escrita en la lengua del Taso. Poco después compuso la música



M. Augusto Dupont, compositor.

ca de *Manon Lescaut*, cuyo programa había trazado M. Scribe; y por fin, conquistó en el arte con los dos grandes triunfos casi simultáneos de la *Juive* y de *l'Eclair*, la alta posición que ha ocupado hasta su última hora. En el año 1836 entró en la Academia de bellas artes (sección de música); y en 1845 sucedió a M. Raoul Rochette en el empleo de secretario perpetuo de esa clase del Instituto. Para el desempeño de sus funciones tuvo que redactar varias noticias biográficas (las de Pedro Fontaine, Jorge Onslow, Abel Blouet, David d'Angers, Pablo Delarouche y Adolfo Adam), lo que hizo con un talento literario que el público no le conocía. Su estilo era correcto, elegante y de una forma académica. Por los conocimientos que sabía demostrar cuando llegaba el caso, así como por lo acertado de sus juicios, se reconocía en él una de esas inteligencias que en el dominio del pensamiento no tienen nada vedado.

Sería ocioso detallar la lista de las obras musicales de M. Halevy, pues hay pocas que sean conocidas fuera de Francia; sin embargo, diremos que las que tienen aquí más celebridad son las siguientes: la *Juive*, la *Reine de Chypre*, el *Eclair*, los *Mousquetaires* y el *Val d'Andorre*. Otras han dejado menos memoria, pero no hay ninguna de ellas, hasta la más inferior, que no contenga partes notables, piezas de mucho mérito. La abundancia y la espontaneidad melódica no eran en M. Halevy la facultad predominante; pero tenía momentos de inspiración en los cuales se elevaba a mucha altura. Entonces componía el aria de Eleazar en la *Juive*, el de *Rachel*, la bendición de la Pascua, el aria de la tumba en *Guido y Ginevra*, la cavatina de los *Mousquetaires*, etc. Aquí brillan las cualidades que han hecho su gloria, y que recomendarán su nombre a los siglos futuros, la nobleza del estilo, la profundidad de la expresión, la suprema distinción de la armonía, la riqueza del colorido instrumental.

Poco importa que no siempre se haya sostenido en esas sublimes regiones, y que en el curso de una laboriosa carrera haya sufrido su genio algunos instantes de desmayo: le sucederá lo que a Pedro Corneille, que es para la posteridad el autor del *Cid* y de *Cinna*, y no el de *Agesilas*.

Halevy ha dejado dos partituras de las cuales, una, *Noé ou le Deluge*, parece que está casi terminada.

G. H.

### Augusto Dupont.

Augusto Dupont nació en Ensival el año 1829, y su padre fué quien comenzó su educación musical. Sus primeros pasos en la carrera artística encontraron mil obstáculos que logró superar gracias a su valor, a un trabajo constante y a una vocación irresistible. Augusto Dupont dió lecciones para vivir, consagrando sus pocos ratos de ocio y sus veladas a un estudio asiduo del ingrato instrumento que le ha dado la fama de que hoy disfruta.

Premiado por el Conservatorio de Lieja, emprendió un viaje en Alemania, y obtuvo sus primeros triunfos en Berlín, donde fué presentado a Meyerbeer, quien reconociendo en él las eminentes cualidades que hacen a los grandes artistas, le cobró amistad y le sirvió de padrino en el mundo de las artes.

El joven artista belga agradeció la protección del ilustre maestro componiendo una fantasía, que tuvo mucha boga, sobre motivos de *Roberto el Diabolo*.

Después Augusto Dupont fué nombrado profesor del Conservatorio de Bruselas, rico plantel de donde han salido la mitad de los instrumentistas célebres que aplaude la Europa.

Un solo triunfo le faltaba, y era el de París; desde su primer concierto la prensa le saludó como un maestro consumado.

Reune un gran talento de compositor con una habilidad extremada de pianista. Muchas de sus obras son populares en Alemania y en Bélgica, y principian a ser justamente apreciadas en Francia. Son: el terceto en *sol menor* para piano, violín y violoncelo; el *Gran cuarteto* para instrumentos de cuerda; la *Sonata*, cuyo final es un estudio de staccato perpetuo; la *Marcha druidica*, todas grandes piezas de concierto.

Entre sus piezas de salón se citan como más notables las *Reminiscencias pastorales*, los *Cuen-*

tos del hogar, la Cancion de una niña, la Danza de las sombras, la Lluvia de mayo, etc.

H. C.

**Curiosidades varias.**

**I.**

**MOSAICO DESCUBIERTO EN REIMS.**

A fines de 1860 la administracion municipal de Reims mandó abrir unas zanjas en el paseo contiguo al arco de triunfo romano conocido con el nombre de *Puerta de Marte*, y en ellas los jornaleros encontraron un pedazo de mosaico. Al punto previnieron á M. Duquesnelle, M. Givelet, M. Loriguet y otros miembros de la Academia local, quienes dirigieron cuidadosamente la tarea de los trabajadores.

Algunos dias despues, M. de Caumont, presidente de la Sociedad francesa de arqueologia, pasaba á Reims y ponía 300 francos á la disposicion de la comision, que por otra parte abria en Reims una suscripcion para subvenir á los gastos de la obra: el mosaico se hallaba á 1 metro de profundidad, y habia que extraer grandes cantidades de tierra, asi como era preciso igualmente construir una casilla para dar abrigo al mosaico y sustraerle á las mutilaciones de los curiosos. Gracias á la suscripcion se pudo hacer todo esto, y ahora se trata de saber si la antigüedad romana será conservada allí donde se encontró, ó se instalará en un museo. Nosotros nos limitaremos á describir este magnífico mosaico, que tenia toda la frescura de una alfombra.

Los cuadros números 1, 2, 3 y 4 ofrecen gladiadores combatiendo.

Los núms. 5 y 6, animales que se persiguen.

Los núms. 7, 8 y 9, otros gladiadores acompañados de un *rabdofoco*, ó agente de la policia de los juegos.

Fácilmente se reconoce un Hermes en el núm. 10.

Los núms. 11, 12 y 13 forman un grupo compuesto de una fiera, un hombre que la combate y un *agitator* que la excita;

14 y 15, un gladiador combatiendo con un oso;

16, 17, 18, 19 y 20, un Sagitario y dos perros persiguiendo á dos animales;

21, 22 y 23, otro grupo compuesto de un animal y dos combatientes;

24 y 25, un hombre combatiendo á un toro;

26, un ciervo muerto;

27, 28 y 29, otro grupo compuesto de un animal y dos combatientes;

30, un jabali muerto;

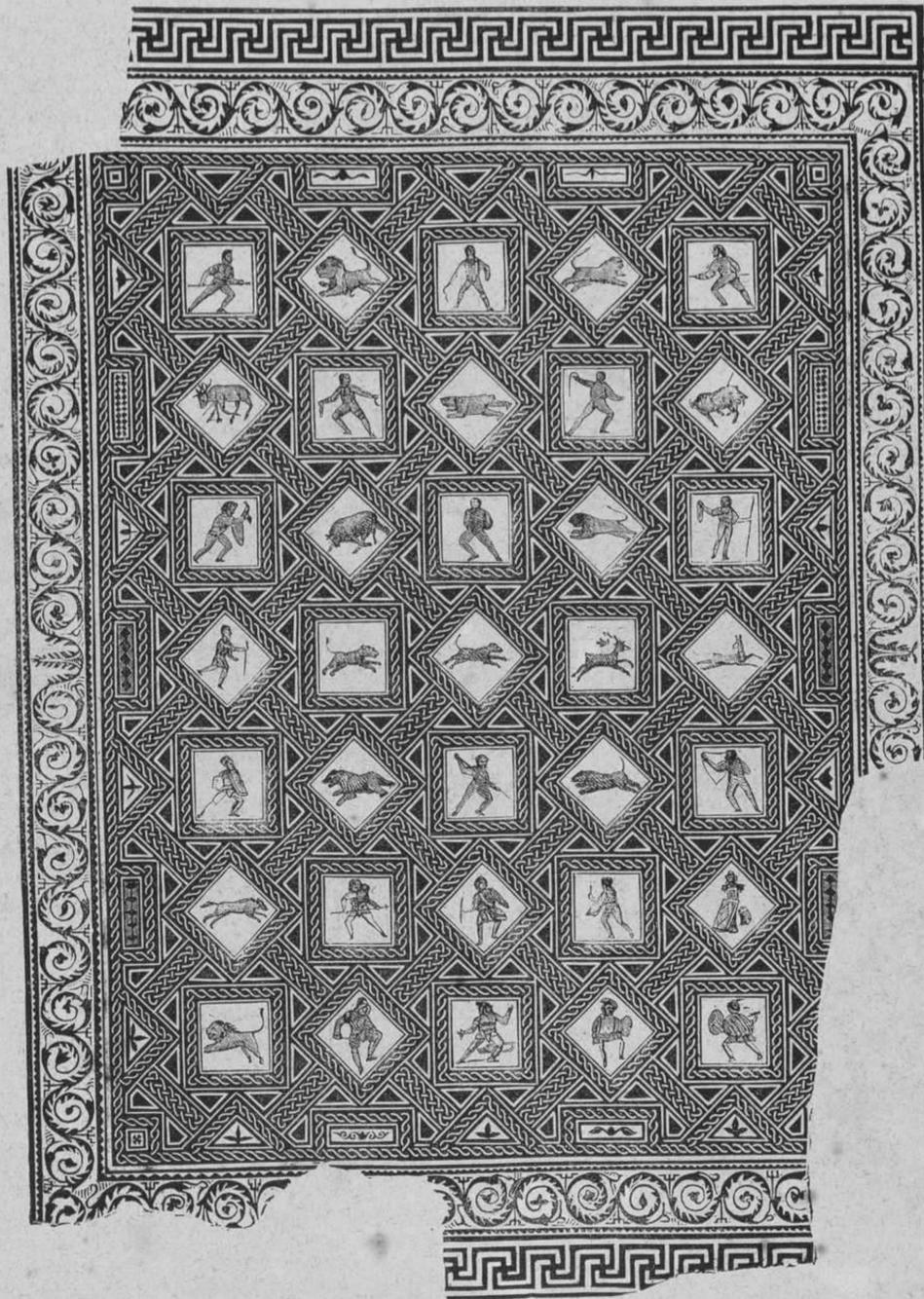
34 y 35, último grupo parecido al precedente con un *agitator* en medio.

**II.**

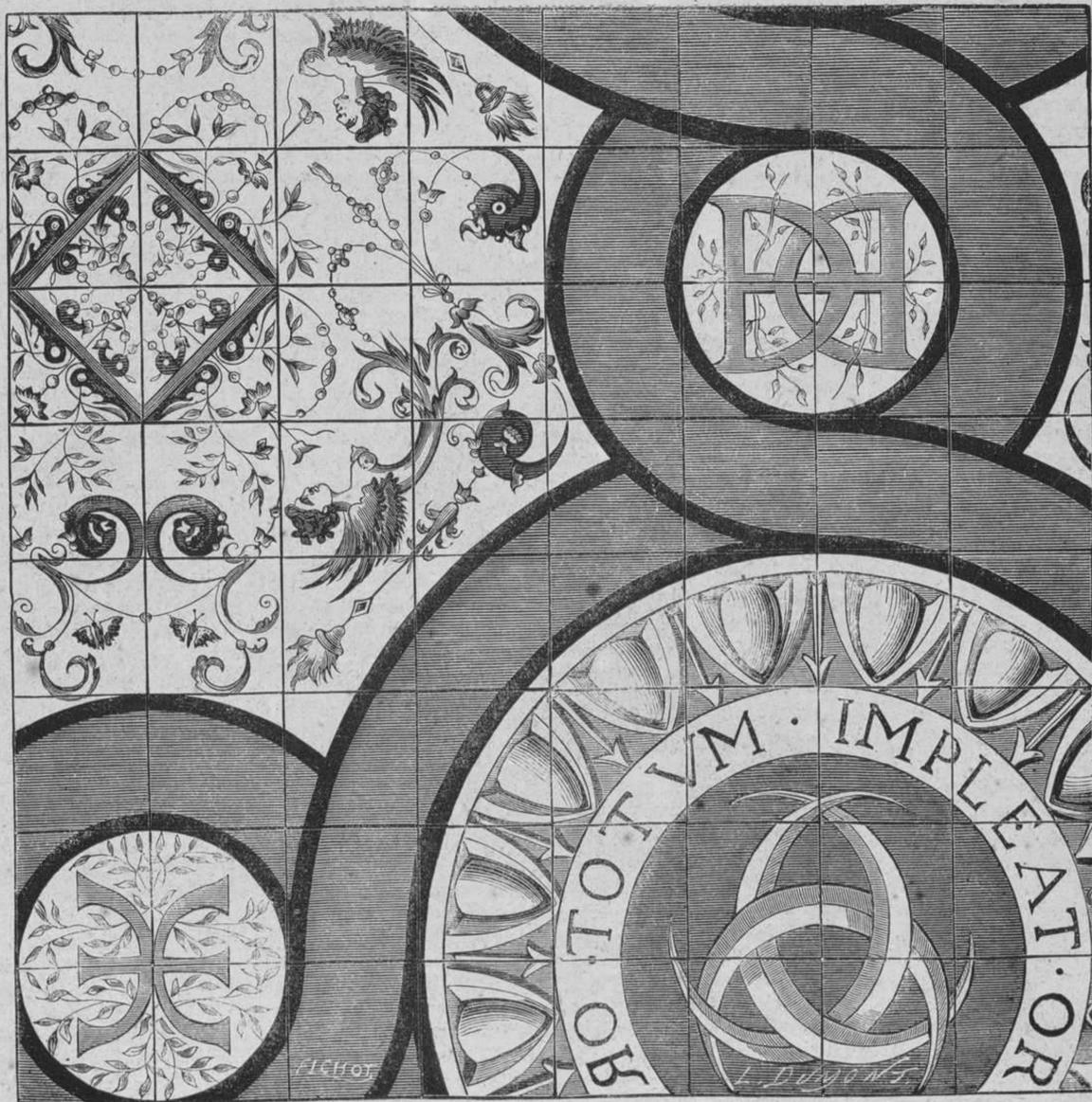
**AZULEJO ESMALTADO POR BERNARDO DE PALISSY.**

Hasta los últimos tiempos se ignoraba que el célebre Palissy hubiese hecho azulejos de tierra esmaltada, y sin embargo, la historia nos declara que aquel grande artista pasó diez años de su vida adornando el palacio de Ecouen con los azulejos de que damos una muestra en esta pagina.

Toda su obra se dispersó en el palacio de Ecouen cuando la revolucion del 93. Durante largo tiempo la sala de recepcion de aquel palacio ha tenido en su pavimento los restos de todas las salas esparcidos en ella en confusion; pero en estos últimos años se han ordenado los diferentes medallones, aunque de un modo incompleto, pues los asuntos que representan no están ligados entre si como lo estaban en su origen.



Mosaico romano encontrado en Reims.



Azulejo del palacio de Ecouen atribuido á Bernardo de Palissy.

Los principales medallones eran: los tres grandes medallones entrelazados con la divisa: *Donec totum impleat orbem*; el paisaje con el arco iris y la leyenda griega que significa: *Despues del mal tiempo viene el bueno*; las dos espadas del condestable, con su cifra en el centro y la divisa: *Arma tenenti omnia dat qui justa negat*; la espada con el tahali sembrado de flores de lis y la divisa: *Fidus et verax in justitia judicat et pugnat*; el escudo de Francia rodeado del collar de San Miguel y de las cifras y atributos de Diana, y los blasones de los Montmorency.

A M. P. Jacques, pintor restaurador, se debe el conocer hoy el modo con que estaba dispuesto el pavimento de diferentes salas del palacio. Habiendo comprado hace algun tiempo varios de esos azulejos como objeto de curiosidad, tuvo la idea de recomponer al menos un dibujo entero; pero las dificultades eran grandes, pues los azulejos se hallaban dispersados por una y otra parte en las cercanias del palacio.

Este pavimento, compuesto de 144 piezas, se halla actualmente reconstruido, y M. Moreau le destina á su palacio de Anet, la antigua morada de Diana de Poitiers, y cuya restauracion ha sido confiada á los cuidados inteligentes de M. Bourgeois.

Digamos ahora algunas palabras del procedimiento de Palissy, que muchos de sus admiradores no conocen. A la simple vista de una obra esmaltada de Palissy, platos, estatuillas ó azulejos, se comprende que la tierra que empleó el artista es de color de ladrillo, mas clara ó mas oscura, pero nunca blanca; se ve que está cubierta por todas partes de un esmalte blanco sobre el cual aplicaba, segun la necesidad de la ornamentacion, los esmaltes coloreados y transparentes, tales como el azul violeta, y aun los amarillos y los verdes. Hoy la mayor parte de sus imitadores tienen que recurrir á diversos expedientes. Estudiando el procedimiento de Palissy se conoce que cocia á la vez la tierra y sus esmaltes, en tanto que hoy se cuece primero la tierra, despues de haberla trabajado, y no habiendo podido encontrar un esmalte tan fusible como los esmaltes de color, se emplea generalmente una tierra muy blanca que hacen cocer primero, y luego adornan como los pintores á la aguada, teniendo cuidado con las partes que deben parecer blancas, y luego, despues de haberlo pasado por el horno una segunda vez, dan á todo un esmalte incoloro como si fuera un barniz, y cuecen por tercera vez este objeto, á que dan el nombre de vidriado esmaltado. Los compradores extraños al arte toman las partes no cubiertas de esmaltes coloreados por esmalte blanco, cuando no es otra cosa que el fondo blanco de la tierra que aparece bajo la capa de barniz colocada debajo.

Hay sin embargo algunos imitadores de Palissy que emplean esmalte blanco, pero le hacen cocer primeramente, y despues aplican los esmaltes coloreados que exigen un fuego menos vivo. Todos ellos emplean el citado barniz para dar brillo á sus esmaltes, que de otro modo quedarían opacos. Desgraciadamente esta capa, que es fusible á poco calor y que no se liga bien por consiguiente con los esmaltes que tiene debajo, se raja hasta lo infinito, lo que no se ve en las obras auténticas del gran Palissy, cuyos esmaltes cocidos dan sin artificio el brillo natural.

Dicese que un pintor de vidrieras, M. V. Crevaux, acaba de encontrar el secreto de Bernardo de Palissy, y es quien está encargado de restaurar con esmalte los azulejos que M. Moreau destina á su palacio de Anet.

P. P.

## Una marquesa célebre.

(Continuación.)

— Caballero de Saint-Croix, en nombre del rey y de orden de M. Dreux de Aubry, lugarteniente civil de París, quedais arrestado.

— ¡Ah, traidor! exclamó el caballero rechinando los dientes. Pero ¿cuál es mi crimen? añadió después con mas calma.

— ¿Cuál es vuestro crimen? replicó admirado el gobernador: ¿preguntais cuál es vuestro crimen? Ya os lo diran mas tarde, caballero.

Y salió metiendo sus dedos en una magnífica tabaquera de oro.

Saint-Croix quedó solo con los arqueros y carceleros de la Bastilla, que le despojaron de sus vestidos, oro y alhajas, y le pusieron un traje sencillo y grosero; dos hombres de rostro patibulario, con antorchas encendidas se colocaron a su lado, en tanto que cuatro soldados renovaban sus ligaduras, y en esta disposición le hicieron bajar los ciento veinte escalones que conducían a la *Tour de la Comté*. El cancerbero abrió tres puertas de hierro, y el preso fué introducido en una sala cuadrada, sucia y fangosa, y una cadena de cincuenta libras de peso con una enorme piedra en el centro de un fuerte anillo sujetó su cuerpo, quedando cerrada con un candado. Terminada esta operación se retiraron todos, las pesadas puertas giraron sobre sus goznes, y Saint-Croix se encontró sumido en la mas espantosa soledad. El aire que respiraba con dificultad carecía de pureza, sus piés se hundían en el fango, y si sus manos trataban de buscar algún objeto, solo encontraban piedras viscosas, sangre cuajada, ó restos de humanos esqueletos.

Al cabo de ocho días salió de este inmundado calabozo para ocupar una habitación en el segundo piso de otra torre. Las paredes de esta cámara semicircular estaban cubiertas de pinturas que representaban cádáveres mutilados, horeas, hachas ó instrumentos de tortura, obra todo de un desgraciado artista encerrado allí por conspirador, y cuyo cerebro se trastornó en la Bastilla. En el muro de la izquierda habia una reja de hierro, y en el de la derecha una puerta de comunicacion con otra sala, y cubierta de cerrojos de arriba abajo.

Era el mes de marzo de 1661.

El día llegaba á su término, y el sol se ocultaba en el horizonte. Saint-Croix se hallaba sentado en su lecho, sus mejillas estaban hundidas, la palidez resaltaba en su rostro, y los cabellos caían en desórden sobre sus hombros. Tenia en la mano una carta, cuya lectura parecia preocuparle; el mas profundo silencio reinaba en la estancia, y solo se escuchaban los sonoros y argentinos sonidos del reloj de San Pablo que marcaba las horas, y el lejano ruido que producían las cadenas de los presos y cuyo eco se propagaba por el inmenso vacío de las torres.

— ¡Cómo! exclamó de repente el caballero abandonando el lecho y paseándose agitadamente por la sala. ¿Con que soy el hijo natural del duque de Miremont, muerto hace seis meses en un duelo en la ciudad de Lóndres? La marquesa de Brinvilliers es quien me envía estos papeles.

Y aproximándose á la ventana leyó de nuevo la carta; esta decia así:

« Roma fué la cuna de vuestra juventud; en esa ciudad vinisteis al mundo; vuestra madre, pobre italiana, llamada Fornarina, fué seducida y abandonada por el duque de Miremont, y murió al dar á luz un segundo hijo llamado Pablo, que segun dicen concluyó sus días en las prisiones de la Inquisición. »

— ¡Todos han muerto, exclamó prorrumpiendo en sollozos y dejando caer la carta, todos han muerto, y yo me encuentro solo en el mundo, solo con Margarita, á quien no volveré á ver! Mi único crimen es haberla amado, y hé aqui porque su padre me separa de ella. ¡Ah, señor Dreux de Aubry, desgraciado de vos si alguna vez me veo libre: sí, desgraciado de vos!

Y al pronunciar estas palabras, sus ojos brillaban como el rayo, y su rostro tomaba un aspecto amenazador.

En este momento se abrió una puerta y apareció un jóven, alto, delgado, de atezado rostro y de mirada viva y penetrante. Adelantóse hasta la mesa, dejó en ella una pequeña redoma y un libro forrado en pergamino, y fué a sentarse sin ceremonia en un sillón.

— Parece que no os habeis acostado esta noche, capitán, dijo al caballero.

— No, respondió maquinalmente Saint-Croix.

— ¿Y porqué?

— ¿Porqué? Porque así me ha parecido conveniente, contestó Saint-Croix sorprendido con tal pregunta; sin embargo, luego añadió:

— Ya lo sabeis tan bien como yo; hay algunos instantes, señor Exili...

— No os comprendo.

— Quiero decir, que hay algunos instantes en que uno desea estar solo.

— Puesto que os molesto, me retiro, capitán; únicamente venia á anunciaros una noticia. La muerte de monseñor de Mazarino ocurrida en estos últimos días...

— ¿Ha muerto Mazarino?

— Va á hacer cambiar el aspecto de los negocios, continuó Exili con indiferencia y como si no hubiera oído á Saint-Croix. Se dice que el lugarteniente civil ha caído en desgracia, y que M. de Caumartin, el amigo

de Mme de Brinvilliers, ha solicitado vuestra libertad al ministro Colbert.

— ¿Será cierto? Pero ¿quién sois pués, caballero, replicó Saint-Croix con desconfianza, que tales noticias recibis en la Bastilla?

— Ya os he dicho cien veces quién soy, capitán. Soy un refugiado italiano, á quien la casualidad convirtió en instrumento de un gran señor, y detenido en estas prisiones por haber compuesto los venenos de que mi señor se sirve para aumentar su fortuna. ¡Ah! á propósito de venenos; hé aqui uno bien extraordinario, añadió con cierta expresion de orgullo, designando la redoma que estaba en la mesa; algunas gotas de este licor bastan para hacer dormir á un animal por espacio de algunas horas, al cabo de las cuales se despertará con sintomas de sufrimiento y agitacion, despues volverá á quedar sumido en un sueño tranquilo para no despertar jamás; si despues abris su cuerpo, no encontrareis en él ninguna huella de veneno. ¡Eh! añadió con aire satisfecho retoreciendo sus largos bigotes; creo que mi amo lo pagará bien.

— ¡Que hombre tan infame! pensó Saint-Croix; luego dijo con severidad: ¿no os parece un crimen horrible envenenar á una persona por algunas miserables piezas de oro?

— ¡Qué quereis! Esa es mi condicion; y además tened presente, capitán, que no soy quien envenena; es mi noble protector quien se encarga de ese cuidado. Yo soy el brazo, él es la cabeza.

Y diciendo esto llenaba con indolencia una pipa de construccion francesa. Despues de unos instantes de silencio preguntó Saint-Croix:

— ¿Y quién os ha impulsado al crimen?

— ¡La venganza! respondió Exili.

— ¡La venganza! repitió su interlocutor con aire meditabundo.

— Sí, la venganza y la fatal organizacion de la sociedad. ¡Oh! ¡qué historia tan terrible la mia! Sí, historia manchada de lodo y de sangre; historia de infamias y miserias. Si supierais cuánto he sufrido antes de ser malvado, como vos me llamais, no me maldeciriais. ¿Podreis creerlo? Pues aqui donde me veis, he nacido para amar; he nacido para vivir como hombre honrado, y sin embargo, ya lo veis, soy un miserable, un envenenador.

Ocultó la cabeza entre sus manos y permaneció así algunos instantes; de repente la irguió de nuevo, encendió la pipa y se puso a fumar cantando un estribillo popular.

Aquellas palabras pronunciadas con voz varonil llegaron hasta el corazón del caballero, y le inspiraron un vivo deseo de conocer el pasado de aquel hombre singular, y con la esperanza de obtener de él algunas noticias acerca de su familia, pues era tambien romano, le rogó que le refiriese su historia.

— ¡Oh! Es una historia bien larga, dijo Exili dejando la pipa encima de la mesa; pero puesto que deseais saberla, escuchad:

« Soy hijo de un gran personaje que hace veinte y cinco años sedujo á mi madre... »

Saint-Croix quiso interrumpirle; Exili no le dejó tiempo, y continuó:

» A los quince años salí del convento en que habia sido educado, y entré en casa de un boticario. A los diez y siete años, mi amo, que era uno de los drogueros mas ignorantes de Italia, me citaba como el mejor de sus discípulos: efectivamente, yo pasaba los días y las noches haciendo experimentos y estudiando los tratados de los mas sabios botánicos y alquimistas alemanes; como jóven insensato que era, aspiraba á pertenecer por mis trabajos á la academia de Bolonia (compadecidme, capitán). Cerca de nuestra tienda se encontraba la de un sastre, en ella una jóven bella como los ángeles, y á quien no podia menos de admirar siempre que iba á ver á su padrino el droguero. No debí serla indiferente, puesto que una vez en que me aventuré á dirigirla una galantería, me contestó con tanta sencillez y abandono, que aquella misma noche rogué á mi amopidiera su mano para mí. Un gran obstáculo se oponia sin embargo á nuestra union; era preciso tener oro, y yo carecia de él; solo poseia la ciencia, único patrimonio que podia ofrecer al padre de Juana (así se llamaba ella). Este hombre era un honrado artesano que gozaba de muy buena opinion en la vecindad; no tenia ninguna preocupacion, ningun escrúpulo; no tomaba en cuenta ni la clase, ni la probidad, ni el honor; solo el dinero tenia mérito á sus ojos. Muchas veces me decia tuteándome: ¿De qué te sirven tus estudios? ¿Qué esperas de ellos? Llegar á ser un sabio ¿no es cierto? ¿Y qué es un sabio en estos tiempos? Un pobre diablo sin casa ni hogar, que se aloja en un granero, duerme en un mal lecho y no paga sus deudas. ¡Bella profesion! Deja para otros esa vida aventurera si quieres obtener la mano de mi hija. ¿Crees por ventura que el mundo apreciará algun día tus trabajos, tus pesares y fatigas y te recompensará cual mereces? Desengañate; el mundo está hoy tan corrompido, que solo adora un objeto: el oro. Como yo sé que las drogas dejan poca utilidad, voy á darte un consejo: vete á Nápoles, entra en la casa de banco de los hermanos Filippi, donde puedes ganar muchos escudos, y entonces poseerás todo lo que deseas.

» Así lo hice. En Roma hice mi fortuna, y al cabo me casé con Juana, por medios que ahora no diré. Pero yo tenia un recuerdo que vengar de un hombre de triste memoria para mí, y que se me burlaba porque era noble y yo plebeyo; pero tambien me vengué. Lo habia así apostado. Ese hombre era mi sueño.

» Le escribí una carta dándole una cita en mi casa, y

firmando con el nombre de Juana. Entonces vino, sí, capitán; vino lleno de gozo y con la sonrisa en los labios á burlarse de mi titulo de esposo; entró en mi casa y se sentó como yo lo he hecho en este sillón, sin cumplimientos, con entera libertad, y esperó á mi mujer, en tanto que apuraba un vaso de vino de Francia que yo le habia preparado... poco despues espiraba delante de mí en medio del mas horrible sufrimiento.

» Para que no se descubriera el crimen, cargué el cádáver sobre mis espaldas y lo arrojé al Tiber. Pero la maldicion del cielo habia caído sobre mí; mi mujer, á quien yo habia enviado á casa de su padre, volvió durante mi ausencia y bebió un jarro de aquel vino envenenado. Cuando entré en mi habitación encontré á mi hermosa Juana exhalando el último suspiro. »

Aquí hizo Exili una pausa, durante la cual reinó el mas profundo silencio.

« Denunciado á la policia, continuó enjugando una lágrima, cambié mi nombre y adopté el que hoy llevo. Abandoné á Roma vagando por los campos para sustraerme á la vigilancia de la policia del Santo Padre. Una mujer de la cofradia de Jesus, una religiosa que habia conocido á mi madre, y cuyo recuerdo conservaré eternamente, me recibió en su convento, y empleándome en diversos trabajos, me hizo entrar de nuevo en la senda de la virtud. Por desgracia, la justicia de los hombres no tomó en cuenta mi conversion, y ya iba á caer en su poder, cuando un noble viajero francés, sabiendo el crimen de que era acusado, pagó mi libertad y me trajo con él á Francia, con la condicion de que continuaria secretamente la composicion de venenos. Ved pues, capitán, si es posible ser hombre de bien en este mundo. La costumbre venció á los sentimientos del honor; obedecí, entrando por segunda vez en el sendero del crimen. Durante tres años, nuestros negocios marcharon bien; mas al cabo de ese tiempo, la policia concibió sospechas de mi honrado protector y de mí, y por él he sido encerrado en la Bastilla, si bien me ha prometido su apoyo, y hé aqui porque tienen, amigo, como veis, tantos miramientos. Hé aqui, capitán, la historia de mi vida y de mis desgracias. »

Saint-Croix, admirado, no sabia qué responder.

— Os llamais Paolo, dijo titubeando; pero ¿y el nombre de vuestra madre?

— ¡Mi madre! ¡ah! mi madre, seducida por un noble, por el infame duque de Miremont, se llamaba...

— ¡Por el duque de Miremont!... exclamó Saint-Croix sofocado por las lágrimas; ¡ah! ya sé el nombre de vuestra madre... se llamaba Fornarina... y vos, Paolo, sois... pero si me han dicho que no existía ya...

Mostrando entonces á Exili la carta.

— Leed, le dijo.

— ¡Es la letra de sor María!

— ¡De sor María! exclamó Saint-Croix admirado.

— Sí, de la religiosa de quien os he hablado. Y besó el papel con ternura.

— ¡Es posible, dijo arrojándose en los brazos del caballero, es posible que seais mi hermano!

Hacia ya algunos instantes que permanecían abrazados, cuando se abrió la puerta y un escribano puso en manos de cada uno una carta sellada con las armas del rey.

— ¡Somos libres! exclamaron á la vez.

— Esta noche parto para Lóndres con mi noble protector, dijo Exili.

— ¡Tan pronto! ¡oh! nos volveremos á ver, hermano mio.

— A Dios gracias.

Saint-Croix abrió otra carta que le habia sido remitida á su nombre. Era de la marquesa que le anunciaba en ella, que á pesar de haber caído su padre en desgracia, se proponia perseguirlos por el crimen de adulterio. Así que terminó la lectura de la carta, tomó de encima de la mesa la redoma y el libro que habia llevado su hermano, y tomando el brazo de esté, salió de la Bastilla diciendo:

— ¡Ahora estoy libre! Nos veremos, señor lugarteniente civil.

III.

EL LABORATORIO.

En los primeros años del reinado de Luis XVI existía aun la casa en la que Saint-Croix habia compuesto sus venenos cuando salió de la Bastilla. Estaba situada en el callejon llamado de los Comerciantes de caballos de la plaza Maubert.

No podia, en efecto, haber hecho una eleccion mas acertada; pues en aquel sitio se hallaba á cubierto de toda sospecha y de las visitas de la policia. Despues de atravesar la plaza Maubert, se encontraba una casa de tres pisos, grieteada por todas partes y construida con tierra y maderas, en cuya fachada habia cuatro ventanas; una insegura escalera conducía á los pisos altos, en los que se encontraban las oscuras salas, formadas por negras y húmedas paredes. Tal era la casa que Saint-Croix alquiló á la señora Bernard en el año 1662, bajo el nombre supuesto de M. de Breuille.

A los diez años de habitar aquella mansion, extrañas conjeturas se hacian sobre él; unos le consideraban como un hechicero poseído del demonio; otros como un desgraciado pecador que trabajaba en la grande obra; y se añadia, que ni aun los mas atrevidos de la plaza Maubert osarian hallarse frente á frente con él despues de sonar la hora de la queda.

La causa de estos rumores se atribuía á las varias y

repetidas veces que durante la media noche algunos vecinos le habían visto entrar furtivamente con su criado y llevando bultos ensangrentados. Una noche que la luna iluminaba esta cloaca, se vieron entrar distintamente tres personas envueltas en sus capas, y al siguiente día solo salieron de la casa dos.

Todas estas relaciones que corrían de boca en boca entre las buenas gentes de la calle de Amboise, no eran nada comparadas con la siguiente:

« El padre Cristóbal, decían las mujeres de la plaza Maubert, el dean de los mendicantes de Nuestra Señora, oyó la noche de Todos Santos de 1670, una fuerte detonación que le despertó sobresaltado. Levantóse en seguida, y abriendo la ventana de su desván, vió en la casa de Breuille, y en medio de una amarillenta humareda al mismo diablo en persona, que con sus uñas desollaba un cadáver tendido encima de una mesa. El espanto que le causó esta vision le hizo dar un grito, y la ventana de la casa de M. de Breuille se cerró. Tres días despues murió el padre Cristóbal. »

— ¿Qué era pues lo que sucedía en la casa de M. de Breuille? Para saberlo salvemos los carcomidos tramos de la escalera, atravesemos una especie de sala amueblada con mucha sencillez, levantemos un tapiz, apoyemos la mano en un boton oculto en la pared, y penetremos en la oscura estancia, que en adelante designaremos con el nombre de laboratorio de M. de Saint-Croix.

Figuraos un interior tal cual podrían pintarlo Ruysbrant, Rembrand, Van-Ostade y Roqueplan reunidos; un interior mas súpico que el gabinete astrológico de Ruggieri, y mas oscuro que la celda de Claudio Frollo, el archidiacono de Nuestra Señora, y podréis formar una idea del laboratorio. Era una sala pequeña, angosta, de techo poco elevado y vigas descubiertas, y en la que penetraba la luz por unas vidrieras. Las paredes estaban cubiertas de figuras simbólicas, caracteres árabes, griegos ó hebreos, y signos geroglíficos; algunos esqueletos de animales, pieles de serpientes, reptiles disecados, caretas de vidrio, pergaminos y cartas geográficas, y varios crisoles, redomas, plantas y minerales completaban su adorno. A la derecha de esta sala se veían anillos, hornillos ordinarios de varios cuerpos, matracas, pesos de arcilla y otras vasijas de vidrio en figura de cuerno: en el frente de la habitacion se hallaba el famoso *hornillo filosófico*, el generador de los alquimistas, y en el que tenía efecto la grande obra de la destilación del elixir de la longevidad. Al lado derecho de este hornillo había unas mesas de piedra, en las que se veían algunos restos humanos, y en el izquierdo un grande escritorio con embutidos de cobre, cubierto de papeles, de paquetes abiertos ó cerrados, de alambiques de todas formas, y de enormes volúmenes cubiertos de una doble capa de polvo y ceniza.

Saint-Croix, al que encontramos ya mas envejecido, se halla delante de este escritorio ocupado en descifrar algunos caracteres groseramente trazados en un viejo pergamino.

— Maldito sea el lenguaje de los alquimistas, exclamó descargando con fuerza su mano sobre el *speculum alchimias* de Roger Bacon que tenía abierto delante de sí; siempre emblemas, figuras y simbolos para expresar las cosas mas sencillas. Siempre encuentro la misma oscuridad, ya sea en las obras del árabe Geber, ó en las del sabio Alberto Magno, en los tratados de Arnaldo de Villeneuve, ó en los de Raimundo Lulio.

Detúvose para leer algunas páginas de un tomo en cuarto con broches de plata, y luego continuó:

— Juan de Meung, Nicolás Flamel y Santiago Cour, el desgraciado tesorero de Carlos VII, han interpretado como yo la palabra *Marte* por el acero, *encina hueca* por crisol, y *cisne blanco* por mercurio: si con estas interpretaciones han conseguido su objeto, ¿porqué desalentarme? El sabio Filactetes dice:

« No creáis que la ciencia de la alquimia ha sido conocida de ninguno de nosotros por casualidad, como recientemente lo creen los ignorantes. Para llegar á conocerla hemos sudado y trabajado mucho, y pasado las noches sin dormir. Asi pues, vosotros los que aun estais en su principio, estad persuadidos que no llegareis á conseguir vuestro objeto sino á través de un gran trabajo. »

Luego si los alquimistas hablan de buena fe, lo cual bien puede ser, añadió señalando con el dedo un crisol colocado cerca de un reloj de arena, entonces tengo aquí los medios para hacerme un hombre de bien, y lo que vale mas aun, rico; sí, rico como un arrendatario general. ¿Qué digo? rico como un intendente de hacienda. ¡Oh fortuna, no hay nadie mas que tú que pueda hacer milagros! El oro vale mas que la vida y la felicidad.... El oro es el cielo.... ¡Y yo que no tengo mas que deudas!

Saint-Croix acompañó estas palabras con una sonrisa; despues se levantó, y tomando de su escritorio un reloj de arena y algunos vasos los llevó al hornillo, vertió en un alambique de vidrio un aceite espeso, y empezó su operacion.

Un crisol de arcilla de forma extraña recibió distintas sustancias difíciles de designar, en razon á que las redomas que las contenían solo llevaban por toda etiqueta un signo astronómico. Despues de derretir una porcion de cera blanca mezclada con otra de goma tragacanta, repitiendo en voz baja dos palabras que debían pertenecer á la lengua árabe, derramó con lentitud esta composicion en el crisol, y cubrió el todo de mercurio, pronunciando en alta voz esta célebre frase de Geber:

« El mercurio es el alma de la alquimia. »

Tapó despues cuidadosamente el crisol, y con unas largas pinzas lo volvió en medio del fuego.

El rostro de Saint-Croix, pálido y siniestro, ennegrecido por el carbon é iluminado por aquel fuego rojizo, tenía en aquel momento un aspecto aterrador. Su laboratorio, sumido en la oscuridad y sin mas luz que la que recibía de los hornillos, se asemejaba bastante á una sucursal del infierno.

Hacia cerca de media hora que Saint-Croix soplabá el fuego sin atreverse á levantar la vista ni volver la cabeza á otro lado, tanto era lo que le preocupaba aquella operacion. De repente, en medio del silencio de la noche se oyó el argentino sonido del reló de los Carmelitas. Saint-Croix se detuvo, y dió vuelta al de arena.

— Algunos minutos mas, dijo, y el secreto de la piedra filosofal no lo será para mí. Obrando así es como el elector de Maguncia fabricó el oro, y como Gustenbown de Strasburgo cambió en 1604, delante del emperador Adolfo las balas de plomo en plata y las de mosquete en oro, segun refiere el célebre Jacobo Heilmann. Veamos pues si he conseguido mi objeto, y si el crisol tiene el color rojo anaranjado que prescribe Alberto el Grande en su obra el *Libellus* de Alchimia.

Y diciendo esto retiró del hornillo el crisol, que en efecto se hallaba coloreado con un tinte semejante al del hierro enrojecido.

— ¡La alquimia es una ciencia! exclamó en el colmo de la alegría, y Filactetes tiene razon cuando dice que solo los ignorantes dudan de ella. ¡Al fin tengo oro! Oro para sofocar mis remordimientos, para pagar mis deudas, para poner término á nuevos crímenes... ¡Bah! olvidemos lo pasado; pensemos solo en el porvenir.

Y tomando el crisol lo sumergió muchas veces en un vaso de agua, rompiéndolo despues con un mazo; pero cuál fué su sorpresa cuando en vez de un lingote de oro solo vió un metal negrusco y grisáceo, que estaba muy lejos de tener nada de precioso.

— ¡Maldicion! exclamó Saint-Croix rechinando los dientes y arrojando al fuego el fruto de seis años de trabajo, estudios y experimentos.

Tan grande era su dolor, que permaneció algunos instantes de pié, inmóvil delante de su hornillo, fijos sus ojos en el metal en fusion. Quizás hubiera estado mas tiempo en aquella disposicion, si tres golpes que sonaron en la puerta de su laboratorio no le hubieran hecho volver en sí.

Abrió; era Martin, su criado, que le llevaba dos cartas; una del usurero Belleguise, la otra del señor Caumont.

— ¡Ah, señores! exclamó Saint-Croix con rabia despues de haberlas leído; ¿quereis que os pague vuestras treinta mil libras porque hace ocho días rehusé envenenar á vuestro suegro? ¿no es esto, señor de Belleguise? Y vos, señor de Caumont, ¿quereis tambien que os pague porque no quiero reconocer la deuda de las diez mil libras que me habeis robado en el juego?

Y diciendo esto estrujaba las cartas entre sus dedos. Despues emprendió su paseo por la estancia; de repente se detuvo como herido por una súbita idea.

— No hay que titubear dijo; Belleguise es rico, confiado é interesado... escribiré... y vendrá aquí... Entonces... tendré un acreedor menos, treinta mil libras satisfechas, y lo que es mas, podré cobrar mañana en casa del difunto señor de Belleguise la suma de sesenta ó cien mil libras, segun me parezca conveniente.

Terminada esta reflexion se sentó delante de su escritorio y redactó la carta siguiente:

« Mi querido Belleguise:

» Vuestra carta no podía llegar en mejor ocasion; he encontrado el famoso secreto de la trashumacion de los metales; soy rico; venid á verme esta noche á las seis; os espero en mi casa para haceros participe de mi nuevo descubrimiento y pagaros vuestras treinta mil libras.

» Vuestro de corazon, DE SAINT-CROIX. — 16 de julio de 1672. »

Leyó la carta despues de escrita, tomó de su escritorio una pequeña redoma de cristal blanco que contenía un líquido incoloro, llamó á su criado, y le entregó la carta diciendo:

— Para M. de Belleguise; y luego añadió en voz baja: cien escudos para tí, si antes de la noche de mañana ha tomado M. de Caumont este licor.

Despidió á su criado, y entró en su laboratorio diciendo:

— Hé aquí dos deudas satisfechas; y se frotó las manos en señal de gozo.

Cubriéndose despues el rostro con una careta de vidrio, empezó á trasladar de unas á otras vasijas varios líquidos de diferentes colores. Hacia ya algunos instantes que se hallaba ocupado en esta operacion, cuando llegó hasta él el ruido de una puerta que se cerraba, y él de pasos que se deslizaban en la antecámara; prestó oído á aquel rumor, y bien pronto un ligero golpe se dejó oír en la puerta del laboratorio, y una voz pronunció estas palabras:

— Abre; soy yo.

— ¡La marquesa! exclamó Saint-Croix con sorpresa. Era ella en efecto.

Saint-Croix comprimió un boton fijo en la pared, y dejó caer el tapiz que ocultaba la entrada de su laboratorio: Mme de Brinvilliers entró; el caballero le ofreció un asiento, la ayudó á desembozarse de su manto, y se sentó á su lado.

No era ya la marquesa aquella mujer jóven y hermosa que hemos conocido al principio de nuestra historia. Su rostro, de una extremada palidez, llevaba impreso el sello del sufrimiento; sus ojos se habían hundido, sus labios estaban lividos, y sus negros y largos cabellos habían encanecido.

— Te sorprende verme, dijo la marquesa con débil voz y dejando en otro sillón una cajita que llevaba en la mano; á mí que habia jurado no volver á pisar el dintel de esta puerta, desde aquella noche fatal en que temblorosa y extraviada me condujiste aquí...

— Creo que fué la noche del 16 de julio de 1670, despues de la muerte del lugar-teniente civil.

— Si; pues bien, Saint-Croix, he violado esta promesa, y contrariando á mi hermana, he querido verte antes de partir.

— ¿Antes de partir? interrumpió Saint-Croix.

— Sí, antes de dejar la Francia para siempre. Escúchame: esta vida de adulterio y parricidio es insoponible para mí; yo no puedo conciliar el sueño en aquella casa, en la que mi padre y mis dos hermanos han muerto envenenados por mí y por causa tuya. Ya esté despierta ó dormida, la sombra de mi padre me persigue, y en todas partes la veo elevarse delante de mí maldiciendo á su hija. ¿No te parece que esto es muy horrible? Hé aquí porqué dejo á Paris; quiero vivir en la soledad, y obtener con mis plegarias y mis lágrimas el perdón del cielo.

— ¿Y podré yo ser feliz despues de haberte perdido? dijo Saint-Croix con doloroso acento; quiero buscar en el aturdimiento el olvido de mis crímenes y no lo encuentro. Mi vida, Margarita, es una agonía continua... Hé aquí á dónde conducen la venganza y la sed de oro.

Despues de unos momentos de silencio continuó la marquesa con voz solemne:

— Saint-Croix, debemos separarnos, y pensar solo en la salvacion de nuestras almas. Toma, añadió entregándole un pergamino, aquí tienes para pagar tus deudas y vivir como hombre de bien: este pergamino contiene una donacion de cien mil libras, pagaderas en Paris, y que harás efectivas en casa de mi antiguo intendente.

— ¿Es posible, Margarita? exclamó Saint-Croix sorprendido de tanta generosidad.

— Acepta, dijo la marquesa; huye de esta casa; destruye todos estos testigos de nuestros crímenes; abandona á Paris, donde no hay seguridad, y ve á terminar tus días lejos de la Francia.

Habia tal unción en las palabras de la marquesa, que Saint-Croix tomó sus manos y las cubrió de besos sin poder proferir una sola palabra. Mme de Brinvilliers se levantó y envolvióse en su manto; despues de despedirse de Saint-Croix con voz de ternura:

— No dejes de escribir alguna vez á sör Margarita, en el convento de la Visitacion en Lieja.

Y salió dejando á Saint-Croix sumido en mil profundas reflexiones sobre la súbita aparicion de la marquesa y la donacion que acababa de hacerle.

— Margarita tiene razon, decía; aun puedo volver á entrar en la buena senda: con este dinero pagaré á Pannatier, Belleguise y Caumont; compraré un cargo en la corte que podrá producirme quince ó veinte mil libras; abandonaré esta cloaca, señalaré una pensión á La-chaussée, mi criado, y así cerraré su boca...

En este momento el reló de los Carmelitas dió las cinco.

— Las cinco, dijo Saint-Croix; M. de Belleguise no tardará en venir... pero gracias á esta donacion nada tiene que temer... entre tanto, vamos á destruir estos venenos, pues el olor que exhalan es capaz de causar la muerte.

Y comprimiendo el resorte que ya conocemos, entró en su laboratorio.

Hacia ya un cuarto de hora que se oía en él el ruido producido por un líquido en ebullicion; de repente otro ruido semejante al del estallido del cristal se dejó oír por tres veces consecutivas; hubo un momento de silencio, un cuerpo cayó pesadamente sobre el pavimento, y todo volvió á quedar en silencio...

Acababan de dar las seis en el reló de los Carmelitas, cuando un hombre de elevada estatura, delgado, de rostro enjuto, en el que se revelaba la falsedad y la timidez, entró en la antecámara del laboratorio mirando á su alrededor como si temiera que alguna persona se hallara oculta allí; dió un paso hacia adelante antes de cerrar la puerta, volvió á investigar la estancia, aventuró un segundo paso, y con sus perspicaces ojos recorrió todos los rincones de ella; seguro por fin de hallarse solo, dijo para sí y señalando al laboratorio:

— Allí debe estar.

Y tomando las mismas precauciones, se adelantó hasta el tapiz, lo levantó, y aplicando la vista á las hendiduras de la puerta, trató de indagar por ellas lo que pasaba en el interior del laboratorio; pero no pudiendo ver nada, volvió de puntillas y corrió el cerrojo de la puerta por donde habia entrado.

— Al menos no me sorprenderán por este lado. ¡Ah! señor de Saint-Croix, murmuró en voz baja y sacando de sus bolsillos un par de pistolas; muy hábil sois, lo reconozco; pero no debiais emplear contra mí vuestra habilidad. He comprendido perfectamente el sentido de vuestra carta, y aquellas palabras: *vuestro de corazon* con que la terminais son muy significativas. Veamos si todas mis precauciones están bien tomadas, añadió reconociendo por segunda vez la estancia donde se hallaba; esta puerta está bien cerrada; al pié de la escalera deben hallarse dos lacayos bien armados que acudirán á mi primer grito, y entrarán por la ventana; en cuanto á mí, no tengo cuidado, mis pistolas son seguras, y no podré menos de conseguir mi objeto. Es preciso que yo posea el secreto de la trasmutacion de los metales y de los preciosos venenos de M. de Saint-Croix.

Al terminar esta reflexion levantó el tapiz y dió tres ligeros golpes en la puerta del laboratorio; en el mismo

momento oyóse un ruido de pasos en la escalera, y una voz que pronunció estas palabras:

—Abrid en nombre del rey.

—¡En nombre del rey! exclamó asustado M. de Belleguise, estoy perdido: ¿dónde ocultarme? ¿Por dónde huir?

Violentas sacudidas conmovieron la puerta de entrada; cedió el cerrojo, la puerta se abrió, y los arqueros del preboste invadieron la estancia, precedidos de un comisario y un escribano.

—Apoderaos de este hombre, dijo el magistrado á los arqueros, designando á Belleguise.

—Sin duda os equivocais, dijo este: no soy yo el que buscáis... yo he venido únicamente... pero escuchadme, señor Picard.

—Callad, dijo secamente el comisario; y dió á dos arqueros la orden de registrarle, en tanto que otros derribaban la puerta del laboratorio.

—Yo no consentiré nunca tamaño insulto, gritaba Belleguise pugnando por desasirse. ¡Ah, señor Picard! os suplico que me mandéis devolver la libertad; os juro que solo.... A un movimiento que hizo cayó al suelo una pistola.

—¡Una pistola en vuestro poder y en esta casa!... ¡Ah! ya veo que la casualidad os ha inspirado mal, replicó M. Picard con ironía.

—Ya sabéis que soy el mayordomo de mi parroquia, y además hombre honrado...

—Los jueces lo decidirán; en cuanto á mi, cumplo mi deber arres-tándolos.

La puerta del laboratorio cedió; todos entraron en él y vieron el cuerpo inanimado de Saint-Croix tendido en el pavimento; la careta de vidrio que cubría su rostro se había roto, y el olor de los venenos había asfixiado á nuestro alquimista.

Los arqueros y el escribano se apoderaron de los papeles que encontraron en el escritorio, y los entregaron al comisario.

—La casualidad os hace traicion, dijo este enseñando á Belleguise un paquete de cartas; ¿negareis que esta es vuestra firma?

Belleguise se estremeció.

—Imprudente, dijo para sí; ¿qué he hecho?... ¡Estoy perdido!

—Tengo miedo, dijo un arquero con aire burlon.

El comisario leyó atentamente varios papeles, llamó al escribano, y murmuró algunas palabras á su oído: dirigiéndose despues á los soldados, dijo en alta voz:

—Al palacio de la marquesa de Brinvilliers.

(Se continuará.)

**S. E. don Benito Juárez,**

PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LA REPUBLICA MEJICANA.

Hé aquí un notable ejemplo de lo que puede una incansable voluntad favorecida por la suerte.

Nació en los primeros años de este siglo, en el momento en que resonó la voz de Hidalgo contra la dominación española, y pertenecía á la raza conquistada, esto



Benito Juárez, presidente de la república de Méjico.

es, á la raza india; de lo que se deduce que no debe al prestigio de un nacimiento ilustre la alta posición á que ha llegado, así como tampoco la debe al brillo de grandes servicios militares, ni á la fascinación de seductoras cualidades personales, ni á la influencia de una gran fortuna. Arrojado por el acaso de su nacimiento en el umbral de la civilización europea, tuvo bastante resolución para penetrar en ella, y bastante perseverancia para sostenerse. Se consagró al estudio pidiendo libros prestados, y tanto estudió, que una mañana el indio trasfigurado vino á ser un doctor en derecho. Sus esfuerzos le habían hecho abogado; sus sólidas cualidades le valieron la estimación de sus conciudadanos, y con su estimación el honor de reunir sus sufragios para el gobierno del estado de Oajaca, su patria. De lejos estaba designado ya para la representación de su provincia natal al Congreso soberano constituyente de su nación, donde no tardaron en introducirle los sufragios de sus conciudadanos. El voto popular le dió un año despues (1857) la presidencia del supremo tribunal de Justicia, con lo cual el indio Juárez, el hijo de la raza proscrita, tocaba al supremo poder; un paso mas, y se sentaba en el primer puesto de su país.

Efectivamente, al elevado cargo de presidente del supremo tribunal de Justicia corresponde de derecho, según la Constitución mejicana, la presidencia soberana (interina) de la nación, cuando el presidente de hecho viene á desaparecer en el período de los cuatro años que dura su

mandato; es lo que sucede con la vicepresidencia en los Estados Unidos. Comonfort al desertar la presidencia despues de su golpe de Estado del 17 de diciembre de 1857, dejó vacante la silla presidencial, que de derecho le tocaba á Juárez.

No hay un derecho mas incontestable, y sin embargo, los enemigos de la ley se le disputaron, lo que produjo una guerra tan deplorable como encarnizada.

Sabido es cuántas luchas, esfuerzos y amarguras de todo género le costó este honor imprevisto al nuevo presidente; pero lo que tenemos que señalar para los que lo ignoren, son las altas cualidades de valor, de independencia de carácter y de desinterés que tuvo que desplegar, y de las cuales dió constantes pruebas durante aquel período de disensiones fratricidas, sin dejarse abatir, sin vacilar, sin cansarse un instante.

Reducido á la posesión de Veracruz, luchaba todavía enérgicamente.

Su constancia fué mas fuerte que la fortuna. Despues de la derrota final y la fuga de Miramon, Juárez hizo su entrada solemne en Méjico el 11 de enero de 1861. Reconocida la autoridad del gobierno supremo por todos los Estados de la confederación, debieron proceder á una nueva elección para que cesara la interinidad. Al otorgarle el voto popular el 11 de junio de 1861 los honores de la presidencia constitucional, se rendía homenaje á su patriotismo y á su inalterable adhesión á las leyes de su país.

Mas afortunado que sus predecesores, ha logrado extender su autoridad por toda la superficie de esa desgraciada república, presa durante largo tiempo de los ambiciosos vulgares. Desde su independencia no había tenido mas que presidentes-dictadores; en tanto que Juárez ha sabido dar el primer ejemplo de la obediencia á la ley negándose á prescindir de la legalidad aun en los instantes de mas desaliento.

Damos aquí su retrato, que tomamos de la *Ilustración francesa*, así como estos apuntes biográficos.

L. L.

**Problemas de ajedrez.**

Solucion del número 3.

1 T 5ª Rª jaq. 2 Rª 4ª ARª 3 A 7ª R jaq. d. 4 A mat.

P come T (mejor) P come Rª (A) R juega.

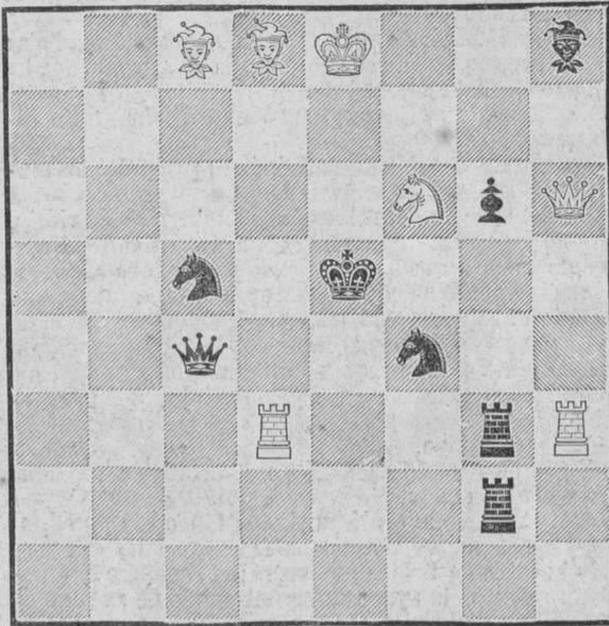
(A) A come C. 3 Rª come A y mate á la jugada sig.

(B) Otra jugada: 3 Rª come P. jaq. 4 A ó C mate.

R juega.

PROBLEMA NUMERO 4, POR A. DE R.

BLANCAS.



NEGRAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.